

Bosquejos de DOCTRINA FUNDAMENTAL

Ernesto Trenchard

Capítulo 1 LA REVELACIÓN DE DIOS

I. La necesidad de una revelación

Zofar indicó la dificultad de que el hombre llegase a conocer a Dios en su pregunta a Job: «¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?» (Job 11:7). La mente carnal es incapaz de comprender a Dios. Las investigaciones científicas se limitan forzosamente a lo material, y los sabios carecen de datos para poder penetrar en el secreto de la realidad espiritual, que se esconde detrás de la «apariencia» de lo que se percibe por los sentidos. Ha de ser Dios mismo, pues, por su propia iniciativa, quien levante el velo. Esto es lo que quiere decir la palabra «Revelación»: «Descorrer un velo para poner de manifiesto lo que antes fue escondido.»

II. Los medios de la revelación de Dios

A. Por las obras de Dios en la naturaleza (Salmo 19:1-6; Romanos 1:20). En el versículo que se cita de Romanos, Pablo insiste en que los idólatras quedaban sin excusa, ya que Dios, desde el principio, había revelado «Su eterno poder y deidad» a los hombres, por medio de Sus obras en la creación. Lo que se puede deducir acerca de la existencia y la naturaleza de Dios por una consideración de Sus obras, con referencia especial al hombre, se llama la «teología natural». Por ejemplo, el hecho de que observamos un plan ordenado, tanto en los astros como en la célula orgánica más insignificante, delata la presencia del Gran Arquitecto. Esta revelación de Dios en Sus obras puede ser un principio de luz, pero no nos basta, pues no revela el amor de Dios ni señala ninguna provisión para la salvación del hombre pecador.

B. En la historia. Toda la historia de Israel en el Antiguo Testamento, y de la Iglesia en el Nuevo Testamento, es una revelación de Dios, quien se da a conocer por Su intervención en los asuntos de los hombres. «Mi Padre, hasta ahora, trabaja, y yo trabajo», dijo el Señor a los judíos (Jn. 5:17). Los salmistas y los profetas apelan constantemente a esta revelación de Dios para convencer a Israel de su pecado y para llamar al pueblo al camino de la obediencia y de la fe. Para los israelitas, Jehová era siempre el Dios que les había sacado de la esclavitud de Egipto. Estúdiense los Salmos 105 y 106, el primero de los cuales presenta la obra de Dios a favor de Su pueblo desde el punto de vista de Su propia fidelidad a Sus promesas, mientras que el segundo recapitula la misma historia para hacer resaltar la rebeldía del pueblo.

C. Por mensajeros divinamente inspirados. Éstos son los profetas del Antiguo Testamento, y los apóstoles del Nuevo Testamento. De su inspiración trataremos en el próximo estudio.

D. En Su Hijo (He. 1:1-3). Ésta es la revelación máxima y final que Dios ha dado de sí mismo. «Aquel Verbo», quien siempre había expresado el misterio de la deidad y había sido el Agente de la creación, «fue hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria...»

(Jn. 1:14 y 18). Tanto el corazón como el pensamiento de Dios se manifiestan en un hombre y en las circunstancias de una vida humana. La revelación llega a su punto máximo en la Cruz y la Resurrección. Desde luego, todo esto se relaciona también con la historia, porque los Evangelios, además de ser Palabra inspirada, son también documentos históricos, de modo que la fe puede descansar con toda certidumbre sobre la Persona de Cristo que en ellos se presenta.

E. En la Biblia. La revelación en la historia y en el Hijo se da a conocer por medio de un Libro Escrito, la Palabra de Dios. Este tema es tan amplio que lo trataremos aparte en el tercer estudio.

III. La revelación subjetiva

A la revelación externa, por los medios señalados, ha de corresponder una revelación interna, que es obra del Espíritu Santo dentro de nosotros, quien la imprime en nuestro corazón. Las condiciones que transforman la revelación externa en la interna son el arrepentimiento y la fe. Léase Calatas 1:16.

Capítulo 2 **LA INSPIRACIÓN DE LAS ESCRITURAS**

I. Definición

«Toda la Escritura es inspirada por Dios...», declara Pablo (2 Ti. 3:16). La frase «inspirada por Dios» quiere decir que tiene el «soplo de Dios». De la forma en que este soplo divino dio vida a Adán, así también da valor y vida a escritos que, de otra manera, estarían muertos.

II. Inspiración de los mensajeros

A. Los profetas tenían la seguridad de que Dios hablaba por medio de ellos, y de que sus mensajes eran la «Palabra de Dios». Frases como «Habló Dios a Moisés...» se hallan constantemente a través de los libros del Éxodo al Deuteronomio. «Y fue a mí palabra de Jehová...», dice Ezequiel para introducir los oráculos del Señor; y hallamos frases análogas en Jeremías: «Palabra de Dios que fue a Jeremías profeta...» (Ez. 12:1, etc. Jer. 46:1, etc.). David también describe la manera en que la Palabra del Señor le vino, en 2 Samuel 23:2 y 3.

B. El Señor mismo llevaba las escrituras de los profetas en Su memoria y en Su corazón, y
17

apelaba constantemente a ellas como autoridad máxima para la solución de las más graves cuestiones. De tal forma se enlaza la autoridad del Antiguo Testamento con la suya propia, que es imposible atacar las Escrituras sin ir contra la autoridad del VERBO ETERNO HECHO CARNE, quien vino del Cielo para declarar a Dios y dar a conocer tanto Su pensamiento como Su corazón de amor (Mr. 12:36, 14:27; Le. 24:44; Jn. 5:39, 46, etc.).

C. Los apóstoles, escogidos por el Señor para proclamar con toda autoridad la doctrina cristiana, también apelaban constantemente a las profecías y demás escritos del Antiguo Testamento, y enseñaban que los autores eran inspirados por Dios (1 P. 1:10-12; 2 P. 1:19-21). Así que la inspiración y la divina autoridad del Antiguo Testamento forman parte de la «Fe que ha sido una vez dada a los santos» (Jud. 3).

III. Inspiración de los escritos

Los inspirados mensajes orales de los profetas se pusieron por escrito por mandato y providencia de Dios, así que los documentos también son inspirados, y son éstos que el Señor y los apóstoles tenían delante al hacer las declaraciones que hemos anotado. Hay una clara descripción de la manera en que los mensajes fueron escritos en Jeremías 36:1-2 y 32. También los libros históricos se relacionan con la autoridad de los profetas, según vemos en 1.- Samuel 10:25, 1.º Crónicas 29:29, etcétera.

IV. La inspiración del Nuevo Testamento

La fuente de toda autoridad y de toda verdad se halla en el VERBO ENCARNADO. Él comisionó a los apóstoles y les hizo depositarios de la verdad en cuanto a Su Persona, obra y enseñanza, de modo que su autoridad apostólica se deriva de la del Señor mismo. Les indicó que la revelación tenía que completarse y les prometió el Espíritu para guiarles a toda verdad. Así que, anticipadamente, garantizó la inspiración del Nuevo Testamento. Los apóstoles sabían que Dios hablaba por medio de ellos, y esperaban que los creyentes obedeciesen Sus mandatos (1 Co. 2:13; 1 P. 1:12; 2 Ts. 3:14; Jn. 14:26, 16:12 y 13, etc.).

V. El método de la inspiración

Éste no es mecánico, como quien escribe a máquina, sino vital, como el de un director de una orquesta que produce los efectos que quiere de la totalidad de ella, respetando siempre las dotes especiales de cada músico. Así, en las Escrituras, la personalidad del autor humano no se aniquila, y el Espíritu aprovecha el carácter y los conocimientos de cada uno, como también las circunstancias en las que los escritos se produjeron.

Capítulo 3 LA BIBLIA

I. Definición

La palabra «Biblia», según su etimología, o sea, su origen lingüístico, quiere decir «libros», en número plural, y se refería a los varios escritos que se reconocían como inspirados en la Iglesia primitiva. Pero el instinto de los creyentes les enseñó que esta colección de «libros» era única y especial, y llegaron a anteponer a la palabra el artículo femenino «la», y hablaron de «la Biblia» en número singular. En efecto, la Biblia es una divina biblioteca, que incluye libros de una gran diversidad de autores, quienes redactaron sus obras durante un período de aproximadamente mil quinientos años; pero, a la vez, es UN LIBRO, ya que, en su totalidad, se discierne una unidad que se deriva del Plan de Dios, quien dirigía los trabajos de los autores humanos por el impulso superior de su Espíritu.

II. Su propósito

A. La Biblia recoge y conserva, en forma escrita, la revelación que Dios ha dado de sí mismo en la historia y en la Persona de Su Hijo, haciendo posible su transmisión de una

generación a otra.

B. La Biblia es la historia de la redención del hombre, que se lleva a cabo por la operación de la gracia de Dios a su favor.

C. Como consecuencia de lo antedicho: 1) no ha de considerarse como un libro científico, pues los hombres pueden investigar el mundo material por medios naturales; con todo, cuando la Biblia hace referencia a las obras de la naturaleza, el testimonio de la Palabra escrita no está en desacuerdo con los hechos de la ciencia. Las teorías humanas contradicen la Biblia con demasiada frecuencia, pero éstas pasan y la Palabra permanece. 2) Tampoco es un libro de historia en el sentido corriente de la palabra, ya que se interesa tan sólo en aquella parte de la actividad humana que tiene que ver con el plan de la redención.

III. Su composición

A. Los once primeros capítulos de la Biblia forman una grandiosa INTRODUCCIÓN a la historia del plan de la redención, que empieza a detallarse con el llamamiento de Abraham. No podríamos comprender lo demás de la Biblia sin esta introducción que abarca:

1. La creación.
2. La creación del hombre y su naturaleza en estado de inocencia.
3. La caída del hombre con sus funestos resultados para la raza.
4. El fracaso del hombre ante la revelación de Dios en la naturaleza y por medio de la conciencia.
5. Los juicios de Dios en el diluvio universal.

B. La formación y la preservación de Israel como instrumento de la revelación de Dios (Gn. 12 hasta el fin de Josué).

C. El fracaso del testimonio nacional de Israel, que motivó, sin embargo, múltiples manifestaciones del carácter y de la obra de Dios, especialmente en los mensajes de los profetas (Jueces a Malaquías).

D. La intervención de Dios en la Persona de Su Hijo (Mateo a Juan).

E. El descenso del Espíritu Santo, la predicación del Evangelio y la formación de la Iglesia (Hechos).

F. La doctrina cristiana, o sea, el significado de la Persona y de la Obra de Cristo, explicada por medio de cartas a las iglesias (Romanos a Judas).

G. La última crisis del mundo y la consumación de la obra de la redención (Apocalipsis).

Nótese cómo la primera creación y la pérdida del paraíso terrenal por el hombre se contrastan con la nueva creación y el paraíso recobrado para el hombre por la Obra del postrer Adán (Ap. caps. 21 y 22).

IV. La interpretación de la Biblia.

Es fácil encontrar alimento espiritual en la Palabra, pero es muy difícil interpretar debida y exactamente todas las partes de la Biblia. Los grandes principios para tal interpretación se llaman la hermenéutica, y su aplicación a determinados pasajes se llama exégesis (poner en claro). Las normas más importantes son las siguientes:

A. En vista de que la Biblia es una unidad, es necesario adquirir un conocimiento general de su plan y de sus grandes principios, pues cada versículo ha de interpretarse a la luz de éstos.

B. Es necesario un conocimiento del fondo general de cada libro, y poder contestar

preguntas como éstas: ¿Cuál es su género literario? (es decir, saber si se trata de historia, de biografía, de poesía, etc.)- ¿En qué circunstancias se escribió? ¿Por qué? ¿A quiénes? ¿Con qué fin?

C. Es preciso el examen concienzudo del desarrollo del tema o del argumento en relación con el pasaje o el versículo que se estudia.

Capítulo 4 **LA DEIDAD**

I. La existencia de Dios

Las «pruebas» que aduce la teología natural como evidencia de la existencia de Dios son interesantes e importantes en su debido lugar, pero las Escrituras no argumentan nunca sobre esto, sino que dan por sentado el gran Hecho, y empiezan con la sublime declaración: «En el principio... DIOS...». Los hombres, limitados en sus conocimientos y en su capacidad, no disponen de medios para contestar adecuadamente a la pregunta: «¿Existe Dios?», y les conviene preguntar con humildad de corazón: «¿Ha hablado Dios?» Esto permite que Dios se revele, y la naturaleza de su revelación demuestra que es divina, y nos trae al corazón la profunda convicción de que Dios existe.

II. La naturaleza de Dios

El mismo Señor Jesús nos dio a conocer el hecho fundamental de la naturaleza de Dios al declarar a la mujer samaritana: «Dios es ESPÍRITU» (Jn. 4:24). Es decir, no está sujeto a lo material ni a lo temporal: elementos que hallan en él su origen. Cuando los escritores inspirados del Antiguo Testamento hablan del «brazo de Jeho-vá», hemos de entender, desde luego, que emplean una figura material para ayudar a nuestra pobre y limitada comprensión, y que el «brazo» equivale a la poderosa operación de Dios, etcétera. Dios es ETERNO, sin principio ni fin, cuya explicación se halla sólo en su misma Persona, sin referencia a ninguna causa anterior: «Yo soy el que soy» (Ex. 3:14). Juan declara, además, que «Dios es LUZ» (1 Jn. 1:5), expresión que incluye todos los atributos de perfección moral, tales como la pureza, la santidad, la justicia, y todo en grado infinito. La mayor gloria de la revelación cristiana se halla en otra declaración del mismo apóstol: «Dios es AMOR» (1 Jn. 4:8 y 16), y el amor es la fuente y origen de toda Su obra de redención. Dios es omnisciente porque nada se le esconde del pasado, presente o del porvenir, y omnipresente porque está en todas partes (Sal. 139:1-12; He. 4:13). También es omnipotente porque la operación de Su potencia no conoce límites externos a sí mismo; pero, desde luego, Dios ha de ser fiel a Su propia naturaleza, y no puede obrar arbitrariamente. Los hombres preguntan: «Si Dios es omnipotente, ¿por qué no interviene para impedir las guerras, los desastres, etc.?» La intervención directa de Dios en justicia supone el juicio sobre los rebeldes, y los mismos desastres permitidos son, a menudo, un medio de misericordia para quitar del hombre su confianza carnal y hacerle buscar el bien en Dios.

III. Dios es el Creador

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1). «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía» (He. 11:3; Ap. 4:11, etc.). Pudo haber empleado medios y métodos dentro de los cuales cabe algo de lo que dicen los científicos, pero lo esencial es que nada existe fuera de Él, y que tanto el mundo material inorgánico, como el mundo vegetal y animal son obra de Sus manos. El hombre (capítulo 5) fue una creación especial a la imagen de Dios, destinado a ser cabeza de la creación material.

IV. La providencia de Dios

Este es un tema muy amplio, y dentro de estas notas no podemos adelantar más que unas ideas muy elementales sobre Él. Significa que Dios sostiene y gobierna el mundo que Él ha creado, y esto incluye las actividades de los hombres. Dios no es responsable del pecado, que se introdujo en este mundo por la mala elección de Adán (Ro. 5:12), pero ordena las consecuencias de las obras malvadas de los hombres para adelantar Su plan en orden al mundo (Hch. 2:23; 4:28; Sal. 135:6; Dn. 4:32; Jer. 27:5).

V. La Santa Trinidad

La palabra «Trinidad» no se halla en la Biblia, pero eso no quiere decir que sea un mero término teológico. Se deduce claramente de las Escrituras que Dios es UNO en esencia y sustancia, al par que existe en tres Personas distintas desde la Eternidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Hay un indicio de esta misteriosa «pluralidad en la unidad» en la palabra hebrea Elohim, traducida por «Dios» (Gn. 1:1, etc.), que es un sustantivo plural empleado con el verbo en singular. Pero hallamos el pleno desarrollo de la doctrina en las palabras del mismo Señor. Si consideramos Su discurso en el cenáculo (Jn. caps. 14 a 16) vemos que habla de «ir al Padre» y de «rogar al Padre», al mismo tiempo que declara a Felipe que cualquiera que le ha visto a Él ha visto al Padre también. Si a estas declaraciones añadimos la de Juan 10:30, vemos que hay igualdad de esencia con una distinción de Personas. En el mismo pasaje, Cristo anuncia la venida del Espíritu Santo en términos que subrayan tanto Su deidad como Su personalidad. La «fórmula bautismal» de Mateo 28:19 implica lo mismo, ya que hay un «Nombre», pero es el del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. De las personas del Hijo y del Espíritu Santo tendremos más que decir en otros estudios, pero es importante comprender desde ahora que esta «Trinidad en la unidad» no se inició con la encarnación, sino que existía desde toda la eternidad (Jn. 1:1; Gn. 1:2; etc.).

Capítulo 5 EL HOMBRE Y EL PECADO

I. La creación

En la narración del Génesis, la creación del hombre se destaca como única y especial, ya que fue precedida por un consejo divino, con el anuncio de que el hombre había de poseer una personalidad que reflejara, en ciertos aspectos, la del Creador: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree... en toda la tierra, y en todo

animal...» (Gn. 1:26). En el relato más detallado del capítulo 2 se indica que el hombre se relaciona con el orden natural, ya que Dios le formó del polvo de la tierra, pero que su alma llegó a existir por un acto especial de Dios: «Y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gn. 2:7).

La imagen no puede ser física, pues Dios es Espíritu, de modo que se refiere a la personalidad del hombre, que fue dotado de cualidades racionales y morales, que le distinguen del todo aun de los animales más desarrollados. Además de esto, los animales no pueden salir de los derroteros señalados por su instinto, pero el hombre está dotado de libre albedrío, pues Dios quería que Su criatura, corona de la creación, correspondiera libremente a Su amor por medio de la obediencia pronta y voluntaria.

El hombre completo se ve en las palabras de Pablo según se hallan en 1." Tesalonicenses 5:23: «Y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.» Por medio del cuerpo el hombre hace contacto con su medio ambiente material; por su alma, asiento principal de su personalidad, es consciente de sí mismo y de los demás seres humanos; y por medio de su espíritu es capacitado para tener comunión con Dios. Su alta dignidad, según el propósito original de Dios, se destaca bien en el Salmo 8.

II. La caída

No sabemos cuánto tiempo disfrutaría el hombre del dominio de la naturaleza en plena inocencia y en comunión con Dios, pero las Escrituras pasan rápidamente a la narración de la caída. El hombre estaba creado para depender de Dios y para hacer Su voluntad, pero el diablo, con gran sutileza, señaló un camino alternativo: «[Vosotros] seréis como Dios...» Por su desobediencia, el hombre intentó hacer de sí mismo el centro del mundo, y este intento se refleja en el feroz egoísmo del hombre caído, que es la fuente y origen del pecado en la esfera humana. Al volver las espaldas a Dios, el hombre murió espiritualmente y el mundo se hundió en el caos del pecado y de la rebelión. La muerte física es la consecuencia inevitable de este estado espiritual.

III. El pecado

La palabra que más corrientemente se traduce por «pecado», en el texto griego, quiere decir «fallar»; «ser incapaz de llegar a la meta». Juan dice que es «infracción de la ley» (1 Jn. 3:4), o sea, la rebeldía. Santiago ve en la concupiscencia (los malos deseos) el germen del pecado, que, en su desarrollo, produce la muerte (Stg. 1:14 y 15). Resumiendo, podemos decir que es todo movimiento de la voluntad humana en contra de la voluntad de Dios, sea consciente o inconsciente.

IV. El pecado original

Según las enseñanzas de Romanos 5:12-21, cuando Adán pecó toda la raza pecó con él, de forma que existe una raíz de pecado original en todo hijo de Adán, aun antes de que cometa actos concretos y voluntarios de pecado. Esta doctrina se halla implícita en toda la Biblia. Es como una funesta «ley de gravitación» que inclina a todo hombre hacia el pecado. Este estado pecaminoso se llama la depravación total y se expresa sin ambages en el texto: «No hay justo, ni aun uno... no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Ro. 3:10-12). Esto no quiere decir que no existan diferencias morales entre hombre y hombre, y sabemos que el hombre natural realiza algunas veces acciones generosas y nobles, pero indica claramente: 1) que todo lo humano, las «malas obras» y las «buenas obras», lleva el sello inconfundible del pecado, velada o abiertamente; y 2) que el germen de todo pecado está en

todos los hombres y se desarrolla en circunstancias propicias.

Pero frente a Adán como cabeza de la raza perdida, el apóstol Pablo señala a Cristo como postrer Adán y Cabeza de una raza redimida por Su gran acto de obediencia en la Cruz. Nadie se perderá, pues, por ser hijo de Adán, sino por rechazar la redención que está en Cristo (Ro. 5:18 19, 35 y 36).

V. La culpabilidad del hombre y el juicio de Dios

El hombre normal es un ser responsable y se condena porque ama las tinieblas más que la luz. De ahí proceden la culpa y el castigo. Las profundas huellas del pecado no pueden borrar la obra de la Cruz, donde el Hombre representativo, quien era, además, el Señor de la gloria, fue hecho pecado por nosotros «para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Cor. 5:21) La identificación del hombre con su Salvador por medio del arrepentimiento y la fe, le trae vida; pero aparte de este gran remedio de Dios, opera infaliblemente la ley: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará», sea en el tiempo, sea en la eternidad. Sólo Dios es el Juez justo, el Árbitro moral de su Universo, y a Él solo compete juzgar y aplicar la sentencia, que se pronunciará según las normas de la más perfecta justicia (Hch. 17:31; Rom. 2:6-16; 14:11 y 12; Ap. 11:15-18; 16:5 y 6; 20:11-15).

VI. El glorioso destino de los redimidos.

Se tratará en el capítulo 21.

Capítulo 6

LA PERSONA DE CRISTO

I. El hecho histórico

El gran hecho histórico de la manifestación de Cristo es innegable, pues las investigaciones modernas han establecido el carácter histórico de los Evangelios y han dado al traste con la teoría de una «leyenda». ¿Qué explicación se ha de dar de esta VIDA que tanto descuella entre todas las figuras de la historia? Los materialistas, en su arán de negar una revelación sobrenatural, procuran hacer ver que Jesús era un hombre bueno, maravillosamente dotado de poderes espirituales y religiosos, pero hombre al fin. Esto es contrario a toda la evidencia, porque se presenta en los Evangelios, tanto en las palabras del Señor mismo como por la apreciación de quienes mejor le conocían, como Dios manifestado en carne. Si se hacía «Dios» cuando no lo era, entonces distaba mucho de ser un «hombre bueno» y no sería más que el mayor impostor de los siglos.

Nosotros, desde luego, aceptamos con humildad y fe el hecho de Cristo tal y conforme se nos presenta en los escritos sagrados, pero hemos de tener en cuenta que creyentes en todo tiempo han caído en errores sobre la Persona de Cristo por no fijarse bien en todo lo que la Palabra dice de Él. Comprendemos que siempre habrá una parte de este misterio que sólo Dios puede profundizar, según la declaración del Señor Jesús: «Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiere revelar» (Le. 10:22). Pero eso no nos excusa de meditar en lo que se ha revelado, que se puede resumir de esta forma: «En Cristo hay dos perfectas naturalezas, la divina y la humana, en una sola Persona, Jesucristo Señor nuestro.» Algunos han subrayado Su divinidad a expensas de Su humanidad, y otros han caído en el error contrario. Es necesario, además,

evitar a toda costa la idea de que Cristo fuese en parte Dios y en parte Hombre, ateniéndose a lo revelado, que manifiesta Su plena divinidad y Su perfecta humanidad. Considérense bien los pasajes siguientes: Juan 1:1-4, 14 y 18; Colosenses 2:9; Hebreos 1:1-4; 1.a Juan 5:20 y Romanos 9:5.

II. La Encarnación

La divinidad y la humanidad se manifiestan prácticamente en toda la vida del Señor Jesucristo, pero la explicación de la vida se halla en el misterio de la Encarnación, o, mejor dicho, la vida y el relato bíblico del nacimiento se explican mutuamente, y lo uno sin lo otro sería incomprensible. Jesús nació de la bienaventurada virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, según la preciosa anunciación del ángel Gabriel (Le. 1:35). La humanidad que recibió de Su madre fue real, pero libre de la mancha del pecado original. La unión del HIJO ETERNO con la humanidad así recibida es un misterio que sólo la mente de Dios alcanza. Necesariamente, el modo de manifestarse la divinidad era distinto en la vida humana que en la gloria del Cielo, pero su plenitud estaba siempre presente, y el poder divino se ejercía tantas veces como se requería para el cumplimiento de la voluntad de Su Padre (Fil. 2:6-8).

III. La manifestación de la deidad

A. Declaraciones del Señor mismo. Nótese, entre otras muchas, las siguientes: «Antes que Abraham fuese YO SOY» (Jn. 8:58). «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10:30). «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn. 14:9). La deidad del Señor se presenta especialmente en el Evangelio según San Juan, pero la enseñanza es igual en todos, como vemos por la declaración de Cristo ante el Sanedrín (Mr. 14:61 y 62).

B. La divinidad está implícita en las invitaciones evangélicas del Señor, ya que Él se ofrece a sí mismo como Fuente de paz, vida, perdón y salvación (Mt. 11:28; Jn. 5:40; 7:37; 14:6, etc.).

C. El testimonio de los evangelistas. Las narraciones de los testigos oculares de la vida de Jesús nos proveen abundante evidencia de Su divinidad: 1) Cristo admitió en varias ocasiones la adoración de los hombres (Le. 5:8; Jn. 9:38; 20:28, etc.); y 2) los milagros evidencian el poder divino, ya que se distinguen de las grandes obras de los profetas y apóstoles por su espontaneidad y por la autoridad personal del Señor. Así, llamó a la vida a Su amigo Lázaro porque Él era, en Su Persona, «la resurrección y la vida» (Jn. 11:25, 40, 43 y 44). Por eso el Señor Jesús apeló a Sus obras como evidencia irrecusable de la calidad de Su Persona (Jn. 14:11; 15:24, etc.).

IV. La realidad de Su humanidad

Vemos muy claramente por el relato de los Evangelios que Jesús pasó por las experiencias normales de una vida humana, aparte del pecado. Nació de madre humana, creció en sabiduría y en edad; padecía hambre, sed y cansancio; comía y dormía. Se afligía y se gozaba en Su espíritu y en Su alma. Fue tentado del diablo, pero sin ceder a la tentación, y, como Siervo de Jehová, vivía una vida caracterizada por la oración y la fe, pues nunca empleó Su poder divino para eludir las consecuencias de Su humanidad. Por fin murió y fue sepultado. Su humanidad no cesó con la resurrección, sino que existe glorificada a la diestra de Dios: Hay «un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre» (1 Ti. 2:5; Le. 24:37-40, etc.).

V. La importancia de la Encarnación

La doctrina de la Encarnación es piedra angular de la revelación cristiana, sobre la que se funda toda la obra de la Redención. Examinaremos su relación con la obra de la Cruz en estudios posteriores.

Capítulo 7 LA PROPICIACIÓN Y LA EXPIACIÓN

I. Definiciones

Según el uso de los griegos, propiciación significaba «apacar la ira y ganar el favor», generalmente de alguna divinidad que se suponía ofendida, por medio del sacrificio de los dones del adorador. El uso de expiación es parecido, ya que indica «borrar una culpa por medio de un sacrificio». La palabra «expiar» (o «hacer expiación»), que se emplea con tanta frecuencia en relación con los sacrificios levíticos, representa la voz hebrea kaphar que, en su sentido literal, es «cubrir». El significado es que Dios no «veía» las culpas a través de la sangre que le hablaba del sacrificio del Calvario. La tapa de oro que cubría el Arca del Pacto (Ex. 25:17-22) se llamaba «el propiciatorio», o sea, «aquello que cubría»; por la misma razón, pues, Jehová no veía las Tablas de la Ley que condenaban al pueblo sino a través de la sangre salpicada en el propiciatorio en el Día de las Expiaciones (Lv. cap. 16).

Para comprender mejor el sentido normal de la palabra «propiciar», podemos considerar la manera en que Jacob se afanó por apacar la ira de su hermano ofendido, Esaú, por medio de presentes (Gn. 32:13-20). Mandó varios grupos de sus siervos por delante llevando una gran riqueza de ganado, y luego, hablando consigo mismo, dijo: «Apaciguaré su ira con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; quizá le seré acepto.» Había cometido la falta de robar la bendición paterna de su hermano, excitando así la ira de Esaú, y ahora quiere apaciguar su ira mediante presentes para granjearse el favor del hermano que pudo más que él.

II. La dificultad de la propiciación en la esfera espiritual

La ira de Esaú pasó pronto, y las divinidades de las gentes no son dioses, pero el Dios verdadero es un Dios de justicia absoluta e inflexible por Su misma naturaleza, de modo que Su justa ira en contra del pecador no puede apacarse mediante los dones y los esfuerzos carnales del hombre. ¿Cómo, pues, puede ser propiciado? ¿Por qué medio se ha de expiar la culpa del hombre que tanto ofende a Su santidad? ¿Cómo se ha de satisfacer una justicia que es inflexible?

III. El medio

La solución del dilema se halla en la Cruz, donde la justicia de Dios se satisfizo y la fea mancha del pecado quedó borrada por la ofrenda de Cristo, hecha una sola vez (He. 9:28; Ro. 3:25, etc.). El Sacrificio es sumamente eficaz, y todo el concepto se eleva infinitamente por encima de las ideas equivocadas de las gentes, por las razones siguientes:

A. DIOS MISMO proveyó la ofrenda que el hombre era totalmente incapaz de buscar; es decir, el Dios contra quien habíamos pecado provee el medio de satisfacer Su propia

justicia.

B. El sacrificio tiene valor infinito por el excelso valor del Dios-Hombre, quien «gustó la muerte por todos» (He. 1:2-4; 2:9).

C. Tal ofrenda pudo ofrecerse en justicia por cuanto Cristo era, a la vez, Dios y Hombre. No era un hombre entre muchos, sino EL HOMBRE por excelencia. El que había creado la humanidad en su perfección, la incorporó en Su divina Persona por el misterio de la Encarnación, llegando a ser el segundo y postrer Adán. Así pudo ser en toda la realidad el Hombre representativo, quien, sin mancha propia, se hizo responsable ante la justicia divina de los pecados de todos los hombres (He. 2:14; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:22-24; Is. 53:4 y 5).

Téngase en cuenta que, cuando las Escrituras hablan de la propiciación y la redención por la SANGRE DE JESUCRISTO, quiere decir «la vida de Cristo, en su infinito valor, dada enteramente en expiación sobre el altar de la Cruz». El significado del sagrado símbolo se aclara mucho en el capítulo 17 de Levítico, especialmente en el versículo 11: «Porque la vida de la carne en la sangre está, la cual os he dado para hacer expiación en el altar por vuestras almas; porque la sangre, en virtud de ser la vida, es la que hace expiación» (Versión Moderna). Por eso, «sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (He. 9:22).

IV. Su alcance

El apóstol Juan declara: «Y Él [Cristo] es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn. 2:2 con 4:10). De igual forma, el Bautista declara: «He aquí el Cordero de Dios que quita [en expiación] el pecado del mundo» (Jn. 1:29). Esto quiere decir que la justicia de Dios queda satisfecha por la ofrenda de la Cruz, en orden a todos los pecados del pasado, del presente y del porvenir. Desde luego, el alcance universal de la propiciación no indica que todas las almas han de ser salvas, sino que es posible que todas sean salvas si aceptan las condiciones del Evangelio: el arrepentimiento y la fe. Si resisten al Evangelio, se excluyen automáticamente de la salvación. Hay expresiones en el griego del Nuevo Testamento que indican que Cristo murió a favor de todos, pero en lugar de muchos, pues solamente los creyentes le reciben como su sustituto. La debida actitud del hombre pecador es la del publicano en el Templo, quien, con un hondo sentido de su necesidad, exclamó: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Le. 18:13).

Capítulo 8 LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

I. Definición

La excelsa obra de la Cruz tiene múltiples facetas, y hemos de tener en cuenta que los grandes temas que estamos considerando en relación a ella revelan estas facetas a la medida de la comprensión de nuestra mente finita. La justificación por la fe —lema de la Reforma en el siglo XVI— presenta la obra de la Cruz desde el punto de vista jurídico, es decir: en relación con la santa Ley de Dios. El hombre pecador se presenta como un reo ante el alto tribunal de un Dios justo, y queda patente que ha quebrantado tanto la ley natural de la conciencia como la Ley claramente declarada en el Sinaí. El problema es éste: ¿Cómo puede Dios ser justo y el que justifica al pecador? La contestación se halla en la Cruz, y el creyente es declarado justo a los ojos de Dios. Esta declaración es la justificación por la fe.

II. La justicia divina

Como ya hemos visto en nuestro estudio de la Deidad, la justicia es un atributo de Dios, y el hombre no sabría nada de esta «rectitud» esencial aparte de la revelación que Dios ha dado de sí mismo (Is. 45:21; Ap. 15:3,16:5, etc.).

III. La justicia exigida

Dios manifestó Su voluntad al hombre en estado de inocencia de una forma apropiada a su condición (Gn. 2:16 y 17) y, después de la Caída, no le dejó sin testimonio, sino que le habló por medio de la naturaleza y de la conciencia, siendo ésta la voz interna que acusa o excusa los actos del hombre (Ro. 2:14 y 15). Pero la plena manifestación de la voluntad de Dios para con los hombres fue dada en el Sinaí, donde Dios pronunció las diez palabras, y luego instruyó a Moisés con otros muchos preceptos complementarios. La Ley representa lo que Dios, en justicia, requiere de los hombres en las circunstancias actuales de la vida, y el mandamiento es siempre «santo y justo y bueno» (Ro. 7:12). Pero, bajo repetidas pruebas, se demostró que el hombre era incapaz de cumplir la justicia exigida por Dios, ya que su naturaleza pecaminosa siempre le arrastraba a la desobediencia. Una ley quebrantada no puede salvar a nadie, sino que condena inflexiblemente al infractor de ella. El que no la cumple, muere. Cuando Moisés, al ver que Israel había quebrantado la Ley en todos sus capítulos antes de recibirla en forma escrita, quebró las tablas de piedra al pie del Sinaí, señaló con ello, en forma simbólica, el fracaso del hombre ante las santas exigencias de la Ley divina (Ex. 32:19; Ro. 3:19; Gá. 3:10, etc.).

IV. La Ley cumplida y la justicia satisfecha

El Señor Jesucristo, Hombre representativo, cumplió la Ley por medio de una vida perfecta. En el Calvario se colocó en el lugar del hombre pecador, en virtud de Su carácter representativo que ya hemos considerado, y agotó la sentencia de la Ley por Su muerte. Así, la justicia de Dios quedó satisfecha y la santa Ley fue honrada. Téngase en cuenta el valor infinito del sacrificio de la Cruz, que ya hemos apuntado bajo el tema de la propiciación (capítulo 7).

V. La justicia otorgada

En el Evangelio se revela una Justicia que Dios otorga al creyente, y éste es el gran tema de Romanos 1:16—5:21. El «corazón» del sublime asunto se halla en Romanos 3:21-6, versículos que deben analizarse con todo cuidado. En vista de que el hombre era incapaz de procurar la justicia mediante la obediencia a la Ley, Dios tomó la iniciativa por Su gracia, mandando a Su Hijo, quien satisfizo las exigencias de la Ley en el Calvario: «Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo...» (Ro. 3:21 y 22).

VI. La justicia recibida

El medio de conseguir la justicia otorgada por la gracia de Dios es la Fe, que, en el sentido bíblico, es la confianza total del hombre que, arrepentido de sus pecados, descansa en Cristo para la salvación de su alma. Sólo esta actitud del alma puede establecer contacto con Aquel que cumplió La Ley por nosotros para revestirnos de Su propia justicia (2 Co. 5:21), Cristo «nos ha sido hecho justificación» (1Co. 1:30) y, recibéndole a Él, tenemos la justificación, y no de otra manera. La fe hace posible que Dios nos impute (abone en cuenta)

Su justicia, como en el caso de Abraham (Ro. 3:22, 26; 4:3, 5 y 22; Gá. 3:22-26, etc.). Somos justificados por la gracia de Dios, que es el origen de la bendición (Ro. 3:24); por la sangre, que es su base (Ro. 5:9), y por la fe, que es el medio (Ro. 5:1)

VII. La justicia manifestada

La justicia no es una mera declaración legal de nuestra nueva posición ante Dios, sino que es una obra vital, que supone nuestra unión espiritual con Cristo, de modo que la justicia recibida ha de producir sus frutos en nuestra vida (Fil. 1:11). Este tema se desarrollará bajo el epígrafe de la Santificación (capítulo 17).

Capítulo 9 **LA REDENCIÓN**

I. Definición

Si analizamos el sentido de las principales voces griegas que se traducen por «redimir», «rescatar» o «redención», llegamos a esta definición del concepto: «Libertar a un esclavo o cautivo mediante el pago del precio del rescate.» Hemos de tener en cuenta que, cuando los evangelistas y apóstoles escribían el Nuevo Testamento bajo la guía del Espíritu Santo, la institución de la esclavitud estaba muy extendida por todo el imperio romano, y millones de seres humanos, apresados durante las campañas militares de Roma o nacidos de padres esclavos, gemían bajo este triste yugo. Algunos esclavos ocupaban puestos importantes en las casas de sus amos y otros podían ser más cultos que los mismos amos, pero ninguno podía disponer libremente de su persona. El profundo anhelo de todos ellos era ser redimidos, y algunas veces, fuese por sus propios esfuerzos en acumular el dinero necesario o fuese por la bondad de un bienhechor, les era posible llevar al templo el precio del rescate, y entonces, mediante un acta de liberación levantada por el sacerdote pagano, quedaban rescatados. Los autores sagrados dan un sentido espiritual a esta liberación, que ya se había indicado simbólicamente en el Antiguo Testamento, donde se habla de la «redención» del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto (Ex. 6:6; 15:16, etc.). El concepto se desarrolla mucho más en los Salmos y en el profeta Isaías, pero, desde luego, las indicaciones del Antiguo Testamento no pueden hacer otra cosa sino anticipar parcialmente, en símbolo y figura, la gran obra redentora de la Cruz.

II. La esclavitud espiritual

La esclavitud espiritual tiene su origen en la caída y el pecado del hombre —pues la verdadera libertad se halla sólo en la esfera de la voluntad de Dios— y afecta a todas las esferas de la vida. Nótese las siguientes formas de sujeción que se mencionan en los evangelios y las epístolas:

A. «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo que todo aquel que hace pecado es esclavo del pecado» (Jn. 8:34). Se trataba de judíos orgullosos que se estimaban como libres por ser descendientes, según la carne, de Abraham; pero, de hecho, iban ciegamente donde les llevaba el impulso de su pecado no confesado: eran esclavos.

B. Pablo dice a Tito que Cristo «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad» (Tit. 2:14), donde la palabra «iniquidad» quiere decir «ausencia de ley», o sea, el espíritu de rebeldía. El hombre quiere seguir sus propios impulsos egoístas, sin

someterse a Dios, pero su mismo afán de «libertad» llega a esclavizarle más.

C. Con el fin de hacer ver al hombre su pecado, Dios impuso la Ley, pero el esfuerzo carnal de cumplirla es en sí una dura servidumbre, y la Ley quebrantada no puede hacer más que maldecir y matar a su infractor (Gá. 3:13, 23).

D. Por aceptar la sugerencia del diablo y desobedecer a Dios, el hombre se puso bajo el poder de este gran enemigo, y sólo Cristo puede librarle (Hch. 26:18).

E. Los hombres, a pesar de su orgullo y su deseo de independizarse de Dios, saben que la muerte pondrá fin a sus afanes y devaneos, y, por el temor de la muerte, están toda la vida sujetos a servidumbre (He. 2:14 y 15).

F. Pedro nos habla de ser rescatados de nuestra «vana manera de vivir», vacía y frustrada, en la que ningún propósito humano se logra plenamente (1 P. 1:18 y 19).

G. El temor de los hombres esclaviza al ser humano, pero el que teme a Dios pierde todo otro temor (Mt. 10:28; Hch. 4:13, 20; 5:29, etc.).

H. Todas las condiciones y las circunstancias «del presente siglo malo» esclavizan, pero Cristo se dio a sí mismo para librarnos de ellas (Gá. 1:4).

III. El Libertador

En el Antiguo Testamento era el «pariente cercano» quien tenía el derecho y la obligación moral de redimir, como Booz en el libro de Rut. Por la Encarnación, Cristo se hizo el Hijo del Hombre y el postrer Adán, tan íntimamente ligado a la raza de los hombres que adquirió el derecho de representarnos y redimirnos. Su naturaleza divina da valor infinito a todo cuanto hace a nuestro favor. Nótese que las citas siguientes subrayan la entrega personal de Cristo como medio de procurar la redención: 1.ª Corintios 1:30; Galatas 1:4; 3:13; 4:5; Efesios 1:7; 1.ª Timoteo 2:5 y 6; Tito 2:14; Apocalipsis 5:9.

IV. El precio del rescate

«Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo...», declara el apóstol Pedro (1 P. 1:18 y 19). «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos», dijo el Señor de sí mismo (Mr. 10:45). Por la definición que hemos dado de la sangre en el capítulo 7, se verá que el precio del rescate es igual en las dos citas, pues la sangre es la vida de Cristo de precio sin límites, que entregó sin reserva en el sacrificio de la Cruz. Su muerte fue la muerte de todo, y a los ojos de Dios terminó con todos los efectos de la caída (He. 2:14 y 15; Ef. 1:7; He. 9:14, 26-28; 10:12-24).

V. La vida de liberación

La resurrección del Señor, vencedor del diablo, del pecado y de todos sus efectos, inaugura una nueva creación donde hay perfecta libertad en cuanto a todas las formas de esclavitud que se mencionan arriba; pero es necesario apropiarse por la fe de todo el significado de nuestra identificación con Cristo en Su muerte y Su resurrección. Ahora bien, muchos creyentes son como Lázaro cuando salió de la tumba: «atadas las manos y los pies con vendas». Tienen vida, pero se desenvuelven con dificultad porque no se han dado cuenta de que son libres. El Señor dijo de Lázaro: «Desatadle y dejadle ir», y eso es lo que hace falta para todos los creyentes. El secreto es la santificación, que consiste en la apropiación total de la obra de la Cruz.

Capítulo 10

LA RECONCILIACIÓN

I. Definición

La palabra «reconciliación» presupone un estado anterior de enemistad, o de malas relaciones, que termina con un acto que hace posible la amistad y las buenas relaciones. La palabra se emplea, en el orden natural, en 1.a Corintios 7:11, donde dice Pablo que la mujer apartada de su marido ha de quedar sin casarse o debe «reconciliarse» con él. Es importante notar que, en el uso bíblico de estos términos, la enemistad es siempre la del hombre contra Dios y no la de Dios contra el hombre. Como hemos visto en estudios anteriores, la «ira de Dios» es la relación de Su justicia contra el pecado del hombre, y es compatible con Su amor para con el mundo rebelde, ya que dio a Su Hijo para hacer posible la salvación del hombre. La hostilidad del mundo ante Dios se puso de manifiesto en el rechazamiento y la crucifixión del Dios-Hombre,

Anticipando por un momento lo que se ha de detallar más abajo, diremos que la obra de la Cruz satisface las exigencias de la justicia de Dios, siendo la propiciación la que hace posible que se levante la ira de Dios que estaba sobre el hombre. En vista de este gran hecho, no existe impedimento de parte de Dios para el retorno del hombre a Su obediencia, y los mensajeros de la Cruz ruegan a los hombres: «Reconciliaos con Dios.» Toca al hombre deponer su actitud de rebeldía y acercarse humildemente al Trono, por medio del arrepentimiento y de la fe, cuando halla que la paz ya está hecha en Cristo Jesús y que el trono de justicia se ha trocado en trono de gracia.

II. La base

Se explica la base de la reconciliación en Romanos 5:10 y 11: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida..., también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.» Aquí se ve claramente que es la muerte del Hijo la que hace posible la paz entre Dios y el hombre, y el tema se enlaza estrechamente con el de la propiciación. Dios no podía «hacer las paces» con el hombre a cualquier precio, sino sólo sobre la base de satisfacción de Su justicia. El pasaje que más claramente destaca esta doctrina es 2.a Corintios 5:18-21, donde vemos que «Dios... nos reconcilió consigo mismo por Cristo» (5:18) y que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo mismo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados». En estas últimas palabras no se trata de la unión del Padre y del Hijo en la obra, sino más bien indican que Dios efectuó la reconciliación por medio de Su Hijo. La piedra angular de la doctrina se halla en el versículo 21: «Al que no conoció pecado, [Dios] por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (Véase también Col. 1:20-22.)

III. La proclamación de la reconciliación

Este aspecto de la gran obra única de la Cruz tiene que ver con las relaciones entre Dios, como soberano, y los hombres como súbditos rebeldes, quienes, por un acto de su propia voluntad, quedan bajo el poder de Satanás, el «príncipe de este mundo». Con mucha propiedad, pues, los mensajeros de la Cruz se llaman embajadores cuando se trata de anunciar la reconciliación, porque representan al Soberano, que llama a Sus súbditos rebeldes a que vuelvan a Su obediencia. Así, dice Pablo en el pasaje ya citado: «Dios... nos dio el ministerio de la reconciliación..., nos encargó a nosotros la palabra [mensaje] de reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; roga-

mos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.» En cuanto a esta última cita, debemos notar que la palabra «os» en la Versión Reina Vale-ra no está en el original. Pablo no rogaba a los creyentes de Corinto que se reconciasen, porque ya lo estaban, sino que les explicaba el carácter de su ministerio ante el mundo en general. El predicador se acerca a los hombres en el nombre de Cristo y con la comisión del Dios Alto, amonestándoles que dejen su rebeldía, pues el Rey mismo ha provisto el medio para hacer posible su perdón y su recepción en el Reino.

IV. La recepción de la reconciliación

Ya se ha destacado que es el hombre quien tiene que reconciliarse con Dios, pues de parte de Dios todo está hecho. Es en Cristo que se recibe (Ro. 5:11) y el único medio es la fe en el Hijo de parte del hombre arrepentido (Jn. 3:36).

V. El alcance de la reconciliación

A. La oferta se hace extensiva tanto a los judíos como a gentiles, y la obra de la Cruz derriba la barrera que antes existía entre ambas razas (Ef. 2:13-19). Este pasaje es importante, y podemos notar la hermosísima expresión: «Él [Cristo] es nuestra paz.»

B. Llegará el día cuando no existirá ningún elemento rebelde en la creación de Dios, fuera de los espíritus malignos y los hombres que rechazaron la luz, y aun éstos se someterán a la fuerza, ya que no quisieron hacerlo voluntariamente. Aparte estas salvedades, el alcance de la reconciliación es universal, según lo hallamos expresado en el pasaje de fundamental importancia de Colosenses 1:20-22: «Y por medio de Él [Cristo] reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos...» No se mencionan las cosas que están debajo de la tierra, o sea, los elementos asociados con la rebelión del diablo. ¡Bendito día aquel cuando nada ni nadie se opondrá a la voluntad de Dios!

Capítulo 11 **LA SALVACIÓN**

I. Definición

La palabra «salvación», con el verbo correspondiente, expresa la idea de la liberación de un peligro personal. Tenemos un claro ejemplo, en i esfera natural, cuando Pedro empezó a hundirse al procurar andar sobre las aguas, y exclamó: «Señor, ¡sálvame!». La mano del Señor se extendió y le puso a salvo, de modo que el incidente destaca tanto la idea fundamental de la salvación como a la persona del SALVADOR (Mt. 14:30). La pérdida de la salud es un peligro de carácter especial, de modo que el verbo se emplea con frecuencia en relación con los milagros de sanidad del Señor Jesús. Así dijo el Señor a la mujer sanada de su «plaga»: «Hija, tu fe te ha hecho salva» (Mr. 5:34).

La palabra se emplea mucho en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos e Isaías, para señalar la obra de Jehová al librar a Su pueblo de las gentes, y anticipa su salvación final en la Segunda Venida de Cristo. En el Nuevo Testamento la palabra «salvación» es el término más amplio que aparece para representar toda la obra de Dios a favor de los suyos hasta tenerlos a todos en Su presencia, libres para siempre aun de la

presencia del pecado y fuera del alcance de la malignidad del diablo y de los hombres perversos.

II. La base de la salvación

Es la obra de Cristo en la Cruz: véase especialmente el capítulo 7 sobre la propiciación y la expiación. En primer término, para que fuese posible que una salvación se manifestara, las exigencias de la justicia de Dios tuvieron que quedar satisfechas; en segundo lugar, fue necesario arrancar de la mano del Enemigo sus dos grandes armas: el pecado y la muerte. El Señor anunció el propósito de Su ministerio en términos de salvación: «El Hijo del Hombre vino para buscar y salvar lo que se había perdido» (Le. 19:10 con Mt. 27:42).

III. La persona del Salvador

Los grandes actos de Dios a favor de Israel en el Antiguo Testamento se llevaban a cabo por medio de instrumentos humanos, que se llamaban «salvadores», como por ejemplo, José, Moisés, Gedeón, Jefte, David, etcétera, que eran figura de Aquel que había de venir (Neh. 9:27). Conocidísimo es que el nombre de «Jesús» quiere decir «Jehová el Salvador», y que se le dio por indicación angélica, porque: «El salvará a su pueblo de sus pecados.» El título más sublime y completo, que une Su divinidad con Su obra salvadora, se halla en Tito 2:13: «Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.» Lucas se deleita en presentarnos a Jesús como el que se acerca a los necesitados en Su carácter de Salvador universal.

IV. El medio de recibir la salvación

La salvación tiene su origen en la gracia de Dios y se recibe por la fe del pecador arrepentido: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe» (Ef. 2:8). Un buen ejemplo es el carcelero de Filipos (Hch. 16:30 y 31), pero se ilustra en los muchos casos de los necesitados que acudieron al Señor durante Su ministerio terrenal. Volveremos a este tema en un estudio sucesivo sobre «la gracia, la fe y las obras» (capítulo 13).

V. El alcance de la salvación

Ya hemos notado que es el aspecto más amplio de la obra de Dios a favor de los hombres. Potencialmente, la gracia de Dios trae salvación a todos los hombres (Tit. 2:11), pero la incredulidad levanta una barrera entre Dios y el hombre e impide que la corriente salvadora de la gracia llegue efectivamente al hombre rebelde y falto de fe. En relación con el creyente, notemos las tres etapas de la salvación.

A. Pasada. La salvación del alma, en cuanto a su liberación de la condenación, es completa y eternamente segura desde el momento en que confiamos en el Salvador: «El que cree en mí tiene vida eterna», dice el Señor (Jn. 6:47). Considérense las citas siguientes: Efesios 2:8; 2.a Timoteo 1:9; Tito 3:4 y 5. En versículos como 1.a Pedro 1:9 y 10; Hebreos 5:9 y Judas 3, la palabra abarca toda la obra de Dios a favor del creyente.

B. Presente y continua. Es voluntad de Dios que Su obra salvadora se manifieste plenamente en las vidas de los creyentes. Este tema roza con el de la santificación que se tratará en el capítulo 17, pero podemos notar aquí los textos que lo relacionan con la salvación. «Ocupaos en [llevad a cabo] vuestra propia salvación con temor y temblor» (Fil. 2:12); es decir, todos los efectos de la salvación, que ya es nuestra, han de cumplirse y manifestarse en un sentido análogo. «Anhelad, como niñitos recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación» (1 P. 2:2); o sea, para una

vida espiritual plenamente desarrollada. (Véase también 2 Ti. 3:15; 1 Co. 15:2; 1 Ti. 4:16; He. 7:25; Stg. 1:21.) Es una salvación presente y progresiva, por la cual el poder divino que fluye de la cruz y de la resurrección, aplicado al creyente por el Espíritu Santo, hace efectiva su liberación del dominio del pecado y le prepara para el destino eterno propuesto por Dios.

C. Futura. Aún gemimos en este cuerpo, sintiendo tanto los impulsos de la carne por dentro como la presión del mundo por fuera, pero somos «guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero» (1 P. 1:5). En este sentido, «ahora está más cerca nuestra salvación que cuando creímos» (Ro. 13:11). La salvación completa se relaciona con la Venida del Señor (1 Ts. 1:9 y 10; 5:8 y 9) y abarca toda la obra de Dios en cuanto a la totalidad del hombre, ya que recibirá, en la primera resurrección, un cuerpo glorificado por medio del cual se cumplirá todo el propósito de Dios en orden al hombre (1 Co. 15:42-55). Todas las posibilidades de la personalidad del hombre han de desarrollarse en el estado eterno sin estorbo y dentro de la voluntad de Dios, y se manifestará todo el sentido del decreto original: «Hagamos al hombre a nuestra imagen...»

VI. La seguridad eterna del creyente

La vida triunfal del Señor y Su obra a la diestra de Dios son la garantía de nuestra salvación eterna: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida»; «Éste [Cristo]... tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede salvar también perpetuamente a los que por él se acercan a Dios» (Ro. 5:9 y 10; He. 7:24 y 25). (Véase también Jn. 5:24; 10:28-30; Ro. 8:29-39; 1 Jn. 5:13; Ro. 8:1, etc.)

Capítulo 12

LA REGENERACIÓN O EL NUEVO NACIMIENTO

I. Definición

Este término, la «regeneración», es la aplicación de la figura del nacimiento humano a la esfera espiritual.

Hubo un momento en que empezamos a vivir en este mundo, y, de igual forma, hubo necesariamente un momento en que el creyente, antes «muerto en delitos y pecados», empezó a vivir espiritualmente.

La palabra más frecuente en el Nuevo Testamento es «engendrar», refiriéndose a Dios como Fuente de la vida nueva, y «engendrado», en relación con el ser que ha recibido la vida. Es muy frecuente en los escritos del apóstol Juan, y se traduce a menudo en la versión Reina-Valera por «nacer» y «nacido» (Jn. 1:12 y 13; 1 Jn. 2:29; 3:9; 4:7; 5:1, 4 y 18).

II. La necesidad del nuevo nacimiento

Las Escrituras no enseñan que el hombre caído guardara un pequeño residuo de vida espiritual, que pudiera desarrollarse en una vida completa por sus propios esfuerzos o por los de otros seres humanos. Antes, al contrario, declaran que el hombre caído se halla en un estado de muerte espiritual (Ef. 2:1-3). La personalidad humana persiste, desde luego, como también la posibilidad de una nueva vida; pero ésta ha de recibirse de Dios por los medios

que Él mismo determina (Tit. 3:4 y 5). De ahí la conocida declaración del Señor a Nicodemo: «Os es necesario nacer otra vez.» La carne solamente puede engendrar «carne», y sólo el Espíritu puede producir lo espiritual (Jn. 3:6).

III. La fuente de la vida nueva

El apóstol Pedro declara: «Dios... nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1 P. 1:3). La resurrección del Señor presupone Su muerte expiatoria. Por Su muerte, que fue la muerte de todos, el Salvador quitó el gran obstáculo que impedía la manifestación de la vida. Por Su resurrección, Cristo «quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio» (2 Ti. 1:10). Los infinitos tesoros de la vida de resurrección están ya a la disposición de todo creyente.

IV. El medio de la regeneración

Ya hemos visto que sólo Dios puede dar la vida, de la cual es fuente y origen, y que ha hecho posible su transmisión en la obra salvadora de Cristo (Jn. 1:12 y 13; Stg. 1:18). Ahora bien, existen condiciones de parte del pecador que se señalan claramente en las Escrituras.

A. La semilla es la Palabra de Dios: «Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 P. 1:23; Stg. 1:18). Es el mensaje divino que llega a los oídos y al corazón del pecador por el testimonio del Evangelio el que puede transmitir la vida.

B. Solamente el Espíritu vivificador puede hacer germinar la semilla de la Palabra (Jn. 3:5, 6 y 8).

C. De parte del hombre las condiciones son el arrepentimiento y la fe. El significado de la palabra «agua» en Juan 3:5 es muy discutido. Descartamos en seguida la idea de la «regeneración bautismal» por el agua del bautismo, por ser contraria a lo más esencial de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Podría ser símbolo de la «Palabra», como en Efesios 5:26, o una referencia al bautismo del arrepentimiento de Juan el Bautista, cuyo significado conocería perfectamente el «maestro de Israel».

El «arrepentimiento» (metanoia) es «un cambio de mente, o de actitud» de parte del hombre; vuelve las espaldas al pecado y dirige su rostro a Dios. Entonces, positivamente, se entrega con fe al Salvador presentado en el mensaje del Evangelio, y el Espíritu de Dios vivifica la «Palabra» y se crea en la personalidad del hombre una nueva vida, que es «engendrada de Dios». El modo del nuevo nacimiento se explica en lo restante del capítulo 3 de Juan.

V. Las consecuencias del nuevo nacimiento

A. Una nueva relación con Dios. (Véase otra vez Jn. 1:12.) Se ha conferido al creyente una nueva dignidad: la de ser hijo de Dios y pertenecer a la familia del Altísimo. Solamente los «engendrados» tienen derecho a mirar a Dios y llamarle «Padre nuestro». Juan emplea el hermoso término de tekna (los «nacidos»), pues subraya el hecho de nuestra relación con el Padre por el nacimiento. Pablo se deleita en otra palabra: huioi (hijos conscientes y adultos), y generalmente la relaciona con nuestra adopción, que tiene que ver con nuestros privilegios y responsabilidades como hijos de Dios.

B. Una nueva vida. La naturaleza, recibida de Dios, existe en nuestra personalidad al lado de la vieja naturaleza (la «carne» o «el viejo hombre») heredada de Adán por el nacimiento natural, pero la nueva naturaleza debe prevalecer, y el apóstol Juan saca unas

consecuencias profundas del hecho de ser engendrados de Dios: 1) El engendrado de Dios no peca y vence al mundo (1 Jn. 3:9; 5:4 y 18); y 2) implica la manifestación práctica de la justicia y del amor fraternal (1 Jn. 2:29; 4:7). Pablo deduce la doctrina de la santificación del hecho de nuestra unión con Cristo en Su muerte y en Su resurrección (Ro. cap. 6). Juan la deduce del hecho fundamental de nuestra participación en la naturaleza de Dios. (Compárese también con el punto de vista de Pedro, 2 P. 1:3 y 4.)

Capítulo 13 **LA GRACIA, LA FE Y LAS OBRAS**

I. Definición

En estudios anteriores hemos hecho referencia repetidas veces a los grandes conceptos de la GRACIA divina y la FE, con el principio opuesto de las OBRAS muertas de los hombres (He. 6:1; 9:14), pero es conveniente volver a definirlos en este estudio buscando la relación que existe entre ellos, pues de la debida comprensión de estos términos, relacionados con la obra de la Cruz, depende la eficacia y la claridad del anuncio del Evangelio.

La gracia divina es el favor de Dios, al impulso de Su amor, hacia el hombre que nada ha merecido, de modo que llega a ser la fuente de donde fluye el caudaloso río de la salvación en todos sus aspectos, y el origen de todo bien para el hombre. La gracia divina es mucho más que una mera benignidad, pues, tratándose del favor del Dios soberano y omnipotente, pone en movimiento todos los recursos de la divinidad y lleva a feliz término todos Sus buenos propósitos en orden al hombre. De la fuente de la gracia brota la obra de la Cruz, la gloria de la Resurrección, el descenso del Espíritu Santo, la formación de la Iglesia, la derrota final del mal y la inauguración de la nueva creación.

La fe (aparte ciertos sentidos secundarios) es el complemento en el hombre de la manifestación de la gracia de parte de Dios. La rebeldía y la incredulidad oponen una barrera a la operación de la gracia divina; la fe hace que el hombre acepte el mensaje de Dios y descansa totalmente en la persona de Cristo, ofrecida en el Evangelio como única base de la fe verdadera, permitiendo así que la obra de gracia se realice en el corazón del creyente. La confianza del alma en Cristo, que es la esencia de la fe, establece una unión vital entre Cristo y aquel que acude a Él, de tal forma que todo lo que es Cristo, y todo el valor de Su obra, llega a ser la posesión personal e inalienable del creyente.

Las obras del hombre son las actividades del hombre carnal, ora sean «malas» ora sean «buenas» según el criterio del hombre caído. Es fácil comprender que las malas obras acarrearán condenación y muerte, pero las Escrituras enseñen con igual claridad que aun las «buenas obras» del hombre carnal son inútiles para conseguir la salvación y pueden llegar a ser un estorbo para recibir con fe la obra de Dios en Cristo, ya que, obrando el hombre, no deja obrar a Dios. El Evangelio exige que el hombre se rinda sin condiciones a Dios, y, que extienda sus manos vacías para recibir de Él la vida eterna.

II. La gracia divina

Partiendo de la base de la definición que ya hemos adelantado, podemos notar lo siguiente:

A. El origen de la gracia. «Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (Ro. 1:7). He aquí la hermosa y típica frase con la cual Pablo solía saludar a las iglesias y a sus colaboradores en la obra, y que nos hace ver que el Padre y el Hijo Jesucristo son conjuntamente los autores de la gracia, que fue provista por el Padre, traída y manifestada por el Hijo y hecha eficaz en el corazón del creyente por el Espíritu Santo (Jn. 1:17; 2 Ti. 1:9; He. 2:9; 10:29). De paso podemos notar que las saluciones de Pablo son una demostración de la divinidad del Señor Jesucristo, ya que es inconcebible que la gracia procediera de quien no fuese Dios.

B. El alcance de la gracia. 1) Potencialmente pone la salvación al alcance de todos los hombres: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres...» (Tit. 2:11). 2) Bosta para la salvación del peor de los pecadores que se arrepiente y cree en Cristo, según el ejemplo que tenemos en la conversación de Saulo de Tarso (1 Ti. 1:12-16). Véase también Le. 23:39-43. 3) Como consecuencia lógica de la definición que hemos adelantado se relaciona con todos los aspectos de la obra de Dios a favor de los hombres (Ro. 3:24; Gá. 1:15; Hch. 15:11; Ef. 2:5-8, etc.). 4) Convierte al trono de juicio en trono de gracia para el creyente, y es la fuente de todo consuelo y de su socorro (He. 4:16; 2 Co. 12:9). 5) £5 el poder y la sustancia de todos los dones, que se llaman charismata, o sea, «operaciones de gracia», como también de todo servicio eficaz (1 Co. 15:10; Ro. 12:6). Todo esto se incluye en «las abundantes riquezas de su gracia» (Ef. 2:7).

C. El ejemplo excelso de la gracia. «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2 Co. 8:9). ¡Tal es la gracia que ha de reflejarse en la vida de los creyentes! (2 P. 3:18).

III. La fe

A. Significado de la fe. La palabra griega *pis-tis* («fe») y el verbo correspondiente (*πιστευω*) se emplean casi 500 veces en el Nuevo Testamento, lo que da la medida de la importancia del principio que hemos señalado arriba. Aparte de algunos casos secundarios en que significa «fidelidad», se pueden distinguir dos aspectos muy relacionados en el uso de estas palabras: 1) Por un movimiento del ser humano, en el que entra tanto la inteligencia como la voluntad, se asiente a la declaración del Evangelio; y 2) por un acto análogo, el alma confía totalmente en la persona del Salvador. «La fe viene por el oír; y el oír, por la palabra de Dios» (Ro. 10:17); pero la recepción del mensaje pasa a ser confianza total en una persona: «Yo sé a quién he creído...» (2 Ti. 1:12). Abraham recibió la promesa de Dios, pero su justificación resultó de su fe en Dios: «Y creyó Abraham a Dios y le fue atribuido a justicia.» Por padre de muchas gentes te he puesto: delante de Dios al cual creyó...» (Ro. 4:3, 17).

B. La fe es el medio de la salvación en todos sus aspectos. Como hemos visto, es la actitud del hombre que corresponde a la gracia que procede de Dios y nace de la comprensión de la nulidad de todo esfuerzo humano, combinando con la visión de la suficiencia total de Dios y de Su obra en Cristo. Dios por Su gracia ofrece la salvación al hombre; éste por su fe la hace suya. No puede haber verdadera fe sin la humildad, y por eso el Señor declara que hemos de volvernos como niños para entrar en Su Reino (Mt. 18:3; Hch. 16:30 y 31; Jn. 3:16-18, etc.).

C. Sin la fe no puede haber poder ni bendición en la vida del creyente. El mismo principio que nos une con Cristo para recibir la salvación, mantiene el contacto con Dios a los efectos de todos los aspectos de la vida y del servicio del cristiano, hasta tal punto que Pablo declara: «Todo lo que no proviene de fe es pecado» (Ro. 14:23; véase también He. 11:6). A la

fe que nos relaciona con Dios, corresponde el amor que nos pone en contacto con el hombre; así que «la fe obra por el amor» (Gá. 5:6). Si la fe se debilita, el contacto con Dios se dificulta, y el poder divino no fluye ni se manifiesta en la vida del creyente. Al hombre de fe que se halla en los caminos de la voluntad de Dios, todo le es posible (Mr. 9:23; Le. 17:5 y 6).

IV. Las obras humanas

A. Las obras humanas surgen de la «carne». La actividad total del hombre caído surge de la «carne» (la vieja naturaleza del hombre heredada de Adán), y los que están en la carne no pueden agradar a Dios (Ro. 8:7 y 8). Por consiguiente, no sólo las obras malas del hombre son abominables delante de Dios, sino que también sus mejores justicias son como «trapos de inmundicia» (Is. 64:6), ya que es un hecho real que todos los hombres se han descarriado como ovejas y que ninguno, por naturaleza, es justo delante del divino Juez (Is. 53:6; Ro. 3:10 y 12). Ya hemos visto en el capítulo 5 que eso no quiere decir que el hombre sea incapaz de realizar actos nobles en relación con sus semejantes, sino que toda obra humana lleva en sí el germen del pecado inherente en el hombre y no puede presentarse delante de Dios en estas condiciones.

B. Son inútiles para la salvación del hombre. El apóstol Pablo, haciendo referencia a las obras de la Ley, dice enfáticamente que si al hombre le fuese posible conseguir la justificación (o la salvación) por su bien hacer, «entonces por demás murió Cristo» (Gá. 2:21). El Señor Jesús «consumó» la obra de salvación en la Cruz, y el pobre pecador no puede añadir nada a ella para salvarse: «no por obras, para que nadie se gloríe» dice la Palabra de Dios (Ef. 2:9; véase 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5).

C. Son un obstáculo para el hombre religioso, ya que éste confía en sus propios méritos y no acepta por fe la salvación que Dios le ofrece gratuitamente en la persona de Su Hijo Jesucristo. Los tales pretenden justificarse a sí mismos; pero Dios no los puede aceptar en su actitud orgullosa. Dijo el Señor a los religiosos fariseos: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación» (Le. 16:15). Esta actitud de justicia propia fue el gran obstáculo para el pueblo de Israel (Ro. 10:3; véase también Le. 18:9-14).

D. Las buenas obras en el poder del Espíritu Santo son el fruto de la vida nueva. Desde luego lo dicho hasta aquí no quiere decir que Dios no desee las buenas obras del hombre, sino que éstas deben ser el resultado lógico de la nueva vida de aquellos que por su fe han establecido contacto espiritual con el Señor Jesús, el autor de la vida y, por lo tanto, el orden establecido divinamente es éste: primero aceptar la vida; luego producir los frutos de justicia por el poder del Espíritu Santo que nos es dado al creer (Gá. 5:22). Pablo dice que no somos salvos por medio de nuestras obras, pero sí que el creyente, ya salvo, está llamado a andar en buenas obras, «las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:9 y 10; véase Mt. 5:13-16; Hch. 26:20; Col. 1:10, etc.). Hacer obras para salvarnos es hacer lo contrario de lo que Dios ha dispuesto: es poner el carro delante del caballo.

E. La justificación por las obras.

Es muy cierto que, delante de Dios, lo que justifica al hombre es la fe en Cristo, quien murió y resucitó a favor del Pecador; pero esta justificación no es meramente legal, sino vital, por la íntima unión con el Señor (1 Co. 6:17); luego las obras en el creyente son las que justifican públicamente su fe verdadera en el Señor Jesús. Son la expresión de vida de uno

que, habiendo estado muerto, ha revivido; desde luego, la única prueba de la vida nueva de un resucitado es que dé señales de esa vida; de no ser así no creeríamos. Éste es el pensamiento de Santiago cuando escribe su epístola (Stg. 2:14-26). Abraham, por ejemplo, fue justificado (término legal) delante de Dios cuando creyó (Gn. 15:6), mientras que años más tarde «justificó» su fe sincera cuando, en obediencia a Dios, ofreció a su hijo Isaac sobre el altar (Gn. 22). «Sus obras mostraron su fe.» «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.»

Capítulo 14 LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

I. El hecho histórico de la resurrección de Cristo

Por la resurrección de Cristo ha de entenderse que el cuerpo del Señor Jesús, que fue muerto realmente en la Cruz y sepultado en una tumba, fue levantado por Dios al tercer día, sueltos los dolores de la muerte (Mt. 28; Mr. 16; Le. 24; Jn. 20 y 21).

A. La resurrección de Cristo, profetizada. La muerte de Cristo por los pecados de los hombres y Su resurrección de entre los muertos eran las doctrinas básicas de la predicación del Evangelio en boca de los apóstoles. Dice Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados... y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co. 15:1-3). Estas últimas palabras del apóstol indican que la resurrección del Señor Jesús ya estaba profetizada en el Antiguo Testamento. En figura, se halla implícita en el sacrificio de Isaac (Gn. 22:1-13; He. 11:17-19) y en el caso de Jonás (Jon. 2; Mt. 12:39 y 40). Proféticamente, está comprendida en las palabras de Isaías (53:10): «Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días...» Por último, en el Salmo 16, David, hablando en nombre de Cristo, escribe: «No dejarás mi alma entre los muertos, ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (Versión Moderna). Estas palabras son interpretadas por los apóstoles Pedro (Hch. 2:23-31) y Pablo (Hch. 13:35-37) como una profecía explícita de la resurrección del Señor (véase Le. 24:46).

B. Las pruebas del hecho de la resurrección de Cristo. Existen pruebas suficientes en los relatos de los evangelistas que evidencian la realidad de la resurrección del Señor, ya que todos ellos nos dan numerosos pormenores, tocante a esta doctrina; y en cuanto a las aparentes discrepancias respecto a ciertos puntos, son una bagatela referente al HECHO CENTRAL de que Cristo se levantó real y verdaderamente de entre los muertos. Sin embargo, ha habido críticos, y los hay, que no han querido admitir la evidencia del milagro máximo. Estos tratan de defender las hipótesis siguientes:

1. «Los discípulos robaron el cuerpo del Señor, e inventaron la especie de que había resucitado.» Esta «explicación» hace caso omiso de toda la evidencia, porque: a) ¿Cómo pudieron los discípulos extraer el cuerpo ante los ojos de los soldados romanos? b) ¿Por qué estaban dispuestos a morir por una superchería manifiesta? c) Si los soldados estaban durmiendo (Mt. 28:13), ¿cómo sabían ellos que lo habían robado los apóstoles?

2. «El Señor no murió en la Cruz, sino que sufrió un desmayo, y en tal estado José lo colocó en la tumba. Por la mañana, recobrando las fuerzas, salió.» Esta teoría no concuerda con el relato evangélico, ya que Juan el apóstol da testimonio solemne de haber visto cómo un soldado romano traspasó con una lanza el costado del Señor Jesús (Jn. 19:34-37).

3. «Los discípulos, influidos psicológicamente por sus grandes deseos de volver a ver a Jesús, sufrían una serie de alucinaciones, de modo que las manifestaciones no tenían más que una realidad subjetiva, y no constituyen hechos reales.» Esto podía suceder en el caso de que los discípulos hubiesen puesto su confianza en la resurrección inmediata de su Maestro; pero, lejos de esto, ninguno de ellos esperaba que Cristo resucitase; al contrario, estaban desanimados y tenían miedo de los judíos (Jn. 20:19). Las mujeres vinieron al sepulcro, el primer domingo cristiano, no para ver la tumba vacía, sino para embalsamar el cuerpo para su largo sueño. Tan cierto es ello, que se preguntaban ansiosas quién les removería la piedra de la entrada del sepulcro para entrar en él (Mr. 16:3). María Magdalena corrió a decir a los discípulos, no que Él había resucitado, sino que Su cuerpo había sido quitado y que no sabía dónde lo habían puesto (Jn. 20:1 y 2). Cuando los apóstoles se reunieron, se «estaban lamentando y llorando» (Mr. 16:10). Cuando las mujeres dijeron a los otros discípulos que Cristo había resucitado y que se les había aparecido, no lo creyeron; y, ante Su manifestación, dudaron (Mt. 28:17; Mr. 16:11-13; Le. 24:11). Juan declara que «no conocían la Escritura, que El hubiera de resucitar de entre los muertos» (Jn. 20:9). ¿Podría haber otra cosa más patética que las palabras de los dos discípulos que iban a Emaús?: «Pero nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir a Israel...»

4. «Toda la historia de la resurrección es un mito, que encierra hondas verdades espirituales, pero nada de ello tiene categoría histórica.» Basta contestar que un «mito» necesita siglos para «incubarse», pero la doctrina de la resurrección se predicaba a las pocas semanas del hecho. Además, si la resurrección es un mito, ¿por qué no presentaban los judíos el cuerpo de Jesús al pueblo para disipar las dudas?

5. «Los discípulos vieron un espíritu, que se hacía visible a la manera de las evocaciones espiritistas.» Tal teoría no explica la tumba vacía. ¿Qué se hizo, entretanto, del cuerpo del Señor Jesús? Él sabía que los discípulos podían creer que se manifestaba a ellos en «espíritu» solamente, y por eso les demostró la realidad de Su cuerpo resucitado (Le. 24:37-40; Jn. 20:27-29).

Los evangelistas refieren las diversas manifestaciones (diez por lo menos) del Señor a los suyos después de haber resucitado. Todas ellas se hicieron bajo las más variadas condiciones y circunstancias. Lucas, el autor del libro de Los Hechos, escribe diciendo: Jesús «después de haber padecido se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoles por cuarenta días» (Hch. 1:3; véase 13:31). Una de estas pruebas indiscutibles es la que declaró el apóstol Pedro en su predicación en casa de Cornelio: «A éste [Jesús] levantó Dios el tercer día, e hizo que se manifestase... a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de los muertos» (Hch. 10:40 y 41). En efecto, el Señor resucitado «comió» y «bebió» con ellos (véase Le. 24:41-43; Jn. 21:1-14).

El testimonio del apóstol Pablo es de un valor incalculable. El Señor resucitado y glorificado se le apareció también a él, lo que le constituye en testigo ocular de Su resurrección, como los demás apóstoles. Su testimonio nos llega a través de un auténtico documento de su puño y letra (1 Co. 15, epístola incontrovertida por los críticos). Para confirmar lo que dice, apela al testimonio de los supervivientes de «más de 500 hermanos» que le vieron en una sola ocasión. Es indudable que todas las pruebas de credibilidad pueden aplicarse con éxito a este testimonio.

Debemos considerar, además, como prueba amplia e irrefutable, la repentina y total transformación moral de los testigos, y la formación inmediata de la Iglesia. En Jerusalén, los aterrados y fugitivos discípulos que habían negado a su Señor se reúnen de nuevo, y, con

intrépido coraje, proclaman esta «antipática» doctrina de la resurrección, con el resultado de que se convierten millares de personas (Hch. 1:8; 2:32; 3:15; 4:20 y 33; 5:32, etc.). Aquellos testigos ya no hacen caso ni de peligros ni aun de la muerte. Ahora bien, el fraude no produce tales ejemplos de valentía ni la desilusión crea reinos de celestial poder. Un árbol no puede producir otro fruto que el correspondiente a su especie. Así ocurrió con los mártires cristianos: el fruto que ellos produjeron tuvo por causa eficiente la fe en la resurrección de Jesús.

Los creyentes podemos descansar en una sobria certidumbre, y exclamar con voz de triunfo, al unísono con Pablo: ¡Cristo ha resucitado de los muertos...! (1 Co. 15:20).

II. Importancia de la resurrección de Cristo

La resurrección de Cristo es de tal importancia que el cristianismo se derrumba si ésta cae y se mantiene en pie si ésta se mantiene enhiesta. Considerando el asunto llanamente y sin rodeos, diremos que si la resurrección tuvo lugar, es fácil la aceptación de los otros milagros de Cristo, pues todas las esperanzas del cristiano están fundadas, precisamente, en ese hecho; pero «si Cristo no resucitó, se sigue que no era el Hijo de Dios, y en ese caso el mundo se halla desolado, el cielo vacío, el sepulcro oscurecido y el pecado sin solución; con el corolario de que la muerte será eterna» (Mullins). El apóstol Pablo declara terminantemente que «si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios... si Cristo no resucitó... aún estáis en vuestros pecados... Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Co. 15:14-19).

III. La resurrección de Cristo en relación con la vida del creyente

Todos los aspectos de la vida del cristiano dependen del gran acontecimiento de la resurrección de Cristo, según vemos a continuación:

A. La justificación: «Jesús, nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25); o sea, que la perfecta justificación que a favor de los hombres consiguió Cristo en Su muerte expiatoria fue la causa por la que pudo romper los lazos de la muerte y salir a la vida de resurrección.

B. La salvación: «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Ro. 10:9), ya que la resurrección es la consumación de la totalidad de la obra de la Cruz.

C. La regeneración: El apóstol Pedro escribe: «Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1 P. 1:3); pues la resurrección de Cristo es la fuente y el origen de la vida nueva del creyente.

D. El bautismo cristiano, en el cual, después de haber sido sumergido en el agua, el creyente sube de ella y anuncia simbólicamente su identificación con la vida de resurrección del Señor Jesucristo (Col. 2:12; 1 P. 3:21).

E. La vida de fe del creyente fiel, ya que da por muerto todo lo natural para confiar plenamente en Dios «que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro» (véanse los casos típicos de Abraharn y Pablo: Ro. 4:17-24; 2 Co. 1.9).

F. La santificación: El apóstol Pablo habla del cristiano como identificado con Cristo en Su muerte y en Su vida gloriosa de resurrección, exhortando a que todos los creyentes consideren este hecho como la única base de separación del pecado. «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Ro. 6).

G. La resurrección de Cristo es el secreto de toda manifestación del poder divino en el

creyente: «...para que sepáis.,, cual [es] la supereminente grandeza de su poder [de Dios] para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos...» (Ef. 1:18-21 y FU. 3:10).

H. Nos traslada a las esferas espirituales en solidaridad con Cristo: A los ojos de Dios, lo que Él realizó en la persona de Su Hijo a favor de los hombres es una realidad desde ahora para nosotros los creyentes, de tal manera que Pablo declara: «Dios... nos dio vida juntamente con Cristo... con él nos resucitó, y, asimismo, nos hizo sentar en lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:4-6 con Col. 3:14).

IV. La resurrección de Cristo es la garantía de la resurrección corporal del creyente.

En efecto, la resurrección actual del cristiano es espiritual, mas en la venida de Cristo será corporal, la cual está afianzada por la resurrección previa del Señor Jesús. «Mas ahora ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos... Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo en su venida» (1 Co. 15:20-23, con 6:14; FU. 3:20 y 21; 1 Ts. 4:14-17).

Capítulo 15

LA PERSONA Y LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

I. El Espíritu Santo en la Santísima Trinidad

La Biblia no expresa de una manera dogmática la verdad acerca del Espíritu Santo. Sin embargo, las muchas referencias a él y a su obra pueden resumirse como sigue: El Espíritu Santo es la tercera «Persona» de la Deidad, quien procede desde la eternidad del Padre (Jn. 15:26) y del Hijo exaltado (Jn. 16:7; Hch. 2:33; Gá. 4:6), siendo igual a ellos en esencia. No es una mera «influencia» que emana de Dios, sino el agente inmediato en toda la obra divina, tanto en la creación material como en el espíritu del hombre, manifestando todos los atributos de una «personalidad». Su Nombre se halla unido con el Padre y el Hijo en la fórmula bautismal (Mt. 28:19) y en la bendición de 2.a Corintios 13:14.

II. Los nombres del Espíritu Santo

Mucha de la doctrina referente al Espíritu Santo se puede deducir de los nombres que le designan las Escrituras. Podemos notar los siguientes: el Espíritu Santo (Le. 11:13); el Parakleto: Abogado y Consolador (Jn. 14:16 y 26); el Espíritu de Cristo (Ro. 8:9); el Espíritu de Dios (Ro. 8:14); el Espíritu de Dios viviente (2 Co. 3:3); el Espíritu del Hijo (Gá. 4:6); el Espíritu del Señor (2 Co. 3:17); el Espíritu Santo de la promesa (Ef. 1:13); el Espíritu eterno (He. 9:14); el Espíritu de gloria (1 P. 4:14); el Espíritu de gracia (He. 10:29); y el Espíritu de verdad (Jn. 15:26).

III. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

El Espíritu Santo aparece como agente divino en la creación: «... y el Espíritu de Dios se movía sobre [incubaba] la faz de las aguas» (Gn. 1:2); es decir, que él daba energía, vida y calor a todo lo creado; también es el agente divino en la renovación de la naturaleza (Sal.

104:30), en la vida humana (Job 33:4), en la transformación moral del hombre (Zac. 12:10), en la resurrección histórica del pueblo de Israel (Ez. 37:9), y en su avance espiritual (Jl. 2:28 y 29). El pasaje que lo representa más aproximadamente como una Persona es Isaías 63:10: «Contristaron su Espíritu Santo» (Versión Moderna). Los hombres que se formaron bajo la antigua alianza experimentaron en ocasiones una fuerza física y un valor superiores a los que podían esperar de sí mismos (Sansón, Jue. 14:6); o una capacidad mental y habilidad artística acrecentadas extraordinariamente (Be-zaleel, Ex. 31:1-3). La explicación de todo ello es que el Espíritu de Jehová «cayó» sobre ellos, «se invistió» en ellos, los «llenó»; en fin, obró poderosamente a su favor. Aún más característica es una visión extraordinaria que interpreta la realidad pasada y predice los sucesos futuros, o sea, la inspiración profética (1 P. 1:10-12). El falso profeta Sedequías dijo a Miqueas: «¿Por dónde pasó el Espíritu de Jehová de mí, para hablar contigo?» (1 Ro. 22:24, Versión Moderna).

El punto de enlace con el Nuevo Testamento es el futuro Mesías altamente dotado con el Espíritu de Dios (Is. 11:2; 42:1; 61:1).

IV. La personalidad del Espíritu Santo

A. El Espíritu Santo es una persona, no una mera influencia, emanación o manifestación. En las palabras del Señor Jesús a los apóstoles en el cenáculo atribuye al Espíritu Santo acciones propias de una persona: «Yo rogaré al Padre —dice—, y os dará otro Consolador (o Abogado)... Mas el Consolador, el Espíritu Santo..., él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14:16 y 26). «Cuando venga el Consolador..., él dará testimonio de mí» (Jn. 15:26). «Y cuando él venga convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio..., pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Jn. 16:7-15).

Además, podemos notar que el Señor habla del pecado contra el Espíritu Santo (Mt. 12:31). Como una persona divina que es, se le puede «contristar» (Ef. 4:30), «resistir» y «hacerle afrenta» (Hch. 7:51; He. 10:29). El Espíritu Santo habla a los siervos de Dios dándoles indicaciones (Hch. 8:29; 10:19 y 20); especifica el servicio de los santos (Hch. 13:2-4); prohíbe (Hch. 16:6 y 7); intercede (Ro. 8:26 y 27) y ama (Ro. 15:30).

B. El Espíritu Santo es Dios. Esta verdad queda probada por los muchos pasajes de las Escrituras en los que se identifica al Espíritu Santo con la divinidad. Por ejemplo: El profeta Isaías (6:8 y 9) dice que oyó la voz del Señor, y el escritor inspirado Lucas, haciendo historia de Pablo en un momento cuando éste se refirió a aquel pasaje de Isaías, escribe: «Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías...» (Hch. 28:25 y 26). Así, pues, el Ser que habló era Dios el Espíritu Santo (cp. con Jer. 31:31-34 v He. 10:15). Otro caso muy notable es el pecado cometido por el matrimonio Ananías y Safira, que motivó las siguientes palabras del apóstol Pedro: «¿Por qué Oenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo...? No has mentido a los hombres, sino a Dios» (Hch. 5:3, 4 y 9). La afirmación es clara: mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios. Las Escrituras atribuyen constantemente al Espíritu Santo los atributos de Dios, como omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia y también su perfección suma: la santidad (Le. 4:14; Ef. 3:16; Sal. 139:7-12; Job 26:13; 33:4; 1 Co. 2:9-12; 6:11; 12:8-11; He. 9:14; Ro. 1:4; 8:11; 2 P. 1:21; Hch. 1:16; 20:28; Le. 12:12; Ap. 2 y 3).

V. La obra del Espíritu Santo

A. En relación con la creación material. Su primera manifestación en el mundo se describe en Génesis 1:2: «El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas»; y Job exclama: «Por su Espíritu adornó los cielos» (Job 26:13).

B. En relación con la humanidad. La formación del hombre en Génesis 2:7 se describe así: «Entonces Jehová formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en sus narices aliento de vida». Las palabras en cursiva señalan la parte espiritual del hombre, el cual fue formado por el Espíritu Santo: «El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida» (Job 33:4 con 27:3). Antes del diluvio, el Espíritu Santo «contendía» con los hombres (Gn. 6:3).

C. Capacita a los hombres para la obra de Dios (véase los casos de Bezaleel y Sansón referidos en el Apartado III).

D. En relación con las Sagradas Escrituras. 1) Su autor (1 P. 1:10-12; 2 P. 1:20 y 21; Hch. 1:16; 2 Ti. 3:16 y 17; Jn. 14:26; 16:12-15). Todos estos pasajes revelan la intervención del Espíritu Santo en la redacción de las Escrituras, «impulsando» y «guiando» a los escritores a la verdad, y dando el «aliento divino» a los escritos. 2) Su intérprete (1 Co. 2:10; 1 Jn. 2:20, 27, etc.). La interpretación de las Escrituras por medio del Espíritu Santo, sin embargo, no implica la oposición a la gramática ni al contexto. Tampoco se puede prescindir de los doctores, ya que éstos son dones concedidos por Cristo a la Iglesia e instrumentos para la enseñanza bíblica en manos del Espíritu Santo (Ef. 4:11 y 12; 1 Co. 12:28).

E. En relación con la persona de Cristo. El Señor Jesús fue engendrado en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo (Le. 1:35), y fue «ungido» con el Espíritu Santo para Su ministerio terrenal (Hch. 10:38). Como ya hemos notado arriba, el Espíritu Santo es también el Espíritu de Cristo, y todas las cosas pertenecientes al Señor Jesús son administradas y reveladas al creyente por el Espíritu Santo (Jn. 15:26; 16:14; Hch. 1:2; Fil. 1:19).

F. En relación con la obra de la Cruz. El autor de la Epístola a los Hebreos declara que Cristo, por el Espíritu eterno, se ofreció voluntariamente sin mácula a Dios (He. 9:14).

93

G. En relación con la resurrección de Cristo. Este prodigio de los siglos fue por el poder del Espíritu Santo, según hallamos, entre otros textos, en Romanos 8:11: «El Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús...».

H. En relación con la Iglesia. En cumplimiento de la promesa del Padre y del Hijo (Mr. 1:8; Le. 24:49; Jn. 14:16 y 26; Hch. 1:4 y 8; 2:33; Ef. 1:13), el Espíritu Santo vino sobre los discípulos, formando la Iglesia en el día de Pentecostés (Hch. 2) y seguirá en ella hasta llevarla al encuentro del Esposo (véase la hermosa ilustración en Gn. 24). El Espíritu Santo habita en la Iglesia como en un templo (Ef. 2:22), y aparece como un artífice de una unidad viviente, de la cual él es el alma: «Un cuerpo y un Espíritu» (Ef. 4:4); por el Espíritu Santo las almas renacidas son bautizadas en un solo cuerpo místico (la Iglesia), según expresión del apóstol Pablo: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo» (1 Co, 12:13).

I. En relación con la iglesia local. El origen y ejercicio de los dones espirituales en la iglesia se deben al Espíritu Santo, quien reparte a cada miembro cristiano como él quiere. En 1.a Corintios 12:1-11 aparecen las palabras pneumática («cosas del Espíritu») y carismática («dones de gracia»). La iglesia local es también templo del Espíritu Santo (1 Co. 3:16 y 17).

J. En relación con los siervos de Dios. La persona del Espíritu Santo es la que guía a los obreros del Señor, tanto a los apóstoles como a los evangelistas, a los misioneros, a los ancianos (presbíteros, sobreveedores) y a los doctores de la Palabra, indicándoles el contacto con las almas (Hch. 8:29), enviándoles a los lugares donde deben predicar la Palabra (Hch. 10:19 y 20), escogiendo a los siervos que han de cumplir el trabajo para el cual son llamados (Hch. 13:1 y 2), sellando los acuerdos de los responsables de las iglesias (Hch. 15:28), y abriendo y cerrando caminos (Hch. 16:6 y 7).

K. En relación con el mundo. Cuando el Señor Jesús prometió el Espíritu Santo a los apóstoles, dijo también que uno de los cometidos del Espíritu sería el de convencer de pecado

a los hombres (Jn. 16:7-11), siendo el único que puede traer al nombre el verdadero sentido de la justicia y del juicio. La voluntad del hombre ha de cooperar con el urgir del Espíritu Santo, pero aquél no podría hacer nada sin la obra de gracia de Éste.

L. En relación con él individuo. Si la convicción del pecado es seguida por el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo de parte del hombre, el Espíritu Santo produce la regeneración de la vida «de arriba». El orden, según las Escrituras, es como sigue: Cuando, por medio de la predicación de la Palabra, se presenta ante los hombres al Cristo crucificado como el único remedio para la condición pecaminosa de las almas, y le aceptan como Salvador personal, entonces el Espíritu Santo aplica la virtud de la sangre de Cristo a sus corazones, purificándolos; vivifica la semilla de la Palabra, y hace su morada en el creyente (Gá. 3:1 y 2; Tit. 3:5; He. 10:29).

VI. El Espíritu Santo y el creyente

A. El Espíritu Santo y la santificación. El Espíritu Santo habita en los creyentes a partir del momento de su conversión (Hch. 2:38; Ro. 8:11; Co. 6:19 y 20; Gá. 4:6; 2 Ti. 1:14); y «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Ro. 8:9). Pero si bien es verdad que en cada creyente regenerado mora el Espíritu Santo y que ya está bautizado en Cristo por el Espíritu Santo, también es cierto que las Escrituras distinguen entre poseer el Espíritu y estar llenos del Espíritu. Esto puede verse en la Epístola a los Efesios, por ejemplo, en cuyo versículo 4:30 Pablo recuerda al creyente que está sellado con el Espíritu, mientras que en Efesios 5:18 le exhorta a que sea lleno del Espíritu.

La Escritura presenta a Cristo como quien murió al pecado una sola vez, pero que vive para Dios eternamente. El creyente se apropia por la fe de la gran verdad de su identificación con Cristo en Su muerte y en Su resurrección; el Espíritu Santo le administra las cosas del Señor Jesús y le impele por el camino de la santificación (Ro. 1:4; cap. 8; 1 Co. 6:11; 2 Co. 3:18; 1 P. 1:2).

B. El Espíritu Santo y la oración. El creyente muchas veces no sabe lo que ha de pedir al Padre ni cómo pedirlo, pero el Espíritu Santo cumple su cometido intercediendo a favor del cristiano (Ro. 8:26 y 27). Jesús es nuestro intercesor a la diestra del Padre, y el Espíritu lo es desde nuestro corazón; por eso se nos manda orar «en Espíritu» (Ef. 2:18; 6:18; Jud. 20).

VII. Los símbolos del Espíritu Santo

Hay una variedad de símbolos del Espíritu Santo en la Biblia. En el bautismo del Señor fue visto por Él y por Juan Bautista «que descendía como paloma» (Mt. 3:16). En el día de Pentecostés vino como fuego sobre los discípulos (Hch. 2:3). El Señor le compara al viento, en Su conversación con Nicodemo (Jn. 3:8), y como agua en Juan 7:37-39. Otras figuras en el Nuevo Testamento son el sello y las arras de la herencia (Ef. 1:13 y 14; 4:30): la marca indubitable del verdadero creyente y la prenda anticipada de su redención completa en el día de la consumación.

Aparte de los símbolos que se relacionan expresamente al Espíritu Santo en las Escrituras, creemos que, por analogías y consideraciones que no podemos justificar dentro de los breves límites de este estudio, hemos de aceptar ¡os siguientes como figuras de su Persona y operaciones: el rocío (Os. 14:5); las lluvias de Joel 2:23 y 28; los ríos de Isaías 44:3; el aceite de Levítico 8:30; Zacarías 4:1-14 (cp. 2 Co. 1:21; 1 Jn. 2:20 y 27).

VIII. El Espíritu Santo y la resurrección del creyente

El cuerpo de resurrección del creyente es soma pneumatikon, que equivale a «cuerpo espiritual», que parece una contradicción, pero demuestra que toda limitación de la carne se habrá superado, siendo el cuerpo el perfecto y apropiado vehículo del espíritu redimido (1 Co. 15:42-51). Para la vivificación del cuerpo mortal, intervendrá la operación del Espíritu Santo (Ro. 8:11).

En la íntima armonía de la Trinidad y hasta el punto en que misterios tan inefables han sido revelados, el Padre, como fuente de amor, ejerce Su voluntad en el plan de salvación; el Hijo, impulsado por la gracia divina, lleva a cabo la obra de la redención por medio de Su gran misión a la tierra, y el Espíritu Santo aplica todo el valor de la obra de la Cruz en potencia y eficacia a los corazones de los creyentes, todos los cuales pueden participar siempre de la bendita «comunidad del Espíritu Santo» (2 Co. 13:14).

Capítulo 16 LA OBRA MEDIANERA DE CRISTO

I. Explicación

Las Escrituras nos enseñan claramente que la obra de nuestro Señor no terminó con Su ascensión al Cielo, sino que prosigue a favor de los suyos a la diestra de Dios. Nos maravilla pensar que, «ensalzado a lo sumo», nuestro bendito Redentor se ha puesto a la disposición de Su pueblo hasta el día de la consumación de Sus propósitos en orden a los redimidos. Su obra allí es de preparación y de mediación. Podemos señalar de paso la hermosa declaración del Señor: «Yo voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Jn. 14:1 y 2). Su presencia en el Cielo garantiza para nosotros un ambiente y un servicio perfectamente amoldados a las necesidades de nuestras personalidades redimidas. Refiriéndonos a lo que es propiamente la obra medianera, habremos de estudiar este tema bajo los siguientes epígrafes: Cristo como mediador, Cristo como abogado; Cristo como sumo sacerdote, y El fin de la obra.

II. Cristo como mediador

A. La necesidad de un mediador. El patriarca Job, sintiéndose tan alejado de Dios en su necesidad y en su aflicción, gemía diciendo: «[Dios] no es hombre como yo, para que yo le responda, y vengamos juntamente a juicio. No hay entre nosotros arbitro que ponga su mano sobre nosotros dos» (Job 9:32 y 33). El pecado había labrado un abismo entre el Dios tres veces santo y el hombre rebelde y enemigo que se revolcaba en el fango del pecado (Job 23:3; Ro. 5:10; Co. 1:21). ¿Quién podía ponerse en medio para restaurar el contacto y la comunión?

B. La solución divina. La respuesta al problema de Job, que es el problema de todo pecador, se halla en la encarnación del Hijo de Dios (He. 2:9-18), en Su obra expiatoria y en Su estancia como Redentor a la diestra del Padre. Ahora ya hay una «mano» sobre el hombre y otra sobre el Trono. No existe solamente un Dios en Su excelsa gloria y en la perfección de Su justicia y de Su santidad, sino que también hay «un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre» (1 Ti. 2:5).

C. La obra del mediador. El apóstol Pablo, después de declarar la existencia de un mediador, añade las siguientes palabras: «El cual se dio a sí mismo en rescate por todos» (1 Ti. 2:6). Con Su muerte en la Cruz, Cristo consiguió la liberación del hombre y las bendiciones que por su caída y rebelión había perdido. Él es el camino que lleva a los

hombres a Dios, y el puente que se ha colocado sobre el abismo (en contraste con el puente que Satanás puso desde este mundo al infierno), y nadie llega a Dios Padre si no es por Jesucristo (Jn., 14:6 con Hch. 4:12). El apóstol Pedro escribe de Él: «Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevamos a Dios» (1 P. 3:18).

100

D. El pacto. Cristo es mediador de un pacto de gracia que anula el pacto de las obras de la Ley. Este se llevó a cabo por la intervención de «mediadores»: los ángeles por parte de Dios (Dt. 33:2, Versión Moderna; Hch. 7:38 y 53; He. 2:2) y Moisés de parte de los hombres (Gá. 3:19 y 20). Ni Moisés, por no ser divino, podía representar a Dios, ni los ángeles al hombre, ya que ellos no eran humanos. Sin embargo, Cristo, quien es totalmente Dios y que mediante el misterio de la encarnación vino a ser perfectamente Hombre, pudo mediar entre Dios y los hombres para el establecimiento del pacto de gracia, que es «nuevo» y «mejor» (He. 7:22; 8:6; 9:15; 12:24).

III. Cristo como abogado

El concepto general de la obra mediadora de Cristo se detalla y se aclara más en Sos escritos de Juan y en la Epístola a los Hebreos. Juan le da el precioso título de parakletos, o sea, «abogado», que es el mismo término que aplica al Espíritu Santo al poner por escrito el discurso del cenáculo. La palabra griega parakletos indica: «Uno que llamamos a nuestro lado para auxiliarnos», y este término se aplicaba a la labor de un abogado defensor. Ya hemos visto la manera en que el Espíritu Santo cumple este cometido dentro del creyente, y Juan nos hace ver que el Señor es también un «abogado» a quien llamamos en auxilio nuestro en el Cielo: «Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo» (1 Jn. 2:1). Es importante examinar el contexto de este versículo (1 Jn. 1:1; 2:2), pues vemos que el apóstol tiene por tema la comunión con el Padre y con el Hijo, y la forma en que ésta puede mantenerse a pesar de la naturaleza pecaminosa del hombre y las caídas del creyente en el pecado. Para «andar en luz» hemos de reconocer nuestra condición humana; hemos de comprender el valor de la sangre expiatoria del Señor Jesucristo, cuyos efectos pueden aplicarse constantemente a nuestra necesidad, y hemos de contemplar al parakletos a la diestra de Dios, quien acude a nuestro favor con la demostración de la obra perfecta del Calvario.

IV. Cristo como sumo sacerdote

Propiamente dicho esta obra empieza después de Su ascensión, que no excluye el hecho de que era al mismo tiempo sacerdote y víctima cuando se ofreció a sí mismo en la Cruz. El tema de este epígrafe es el de la Epístola a los Hebreos, escrita para hacer ver a un grupo de creyentes hebreos que no habían de volver a las ceremonias del judaísmo, ya que en Cristo y en la nueva dispensación tenían el cumplimiento de todas las sombras del Antiguo Testamento en un grado superlativo. «Todo sumo sacerdote tomado de entre los nombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere» (He. 5:1).

El ministerio de Aarón a favor de los hombres fue fácil, porque él era un nombre «rodeado de flaquezas», así que podía compadecerse de los ignorantes y extraviados. Ahora bien, su contacto con Dios fue difícilísimo a causa del pecado, como se puede deducir del complicado ritual del Día de las Expiaciones. En el caso de Cristo, quien es el cumplimiento de la figura, el contacto con Dios era siempre perfecto, pero el contacto con los hombres, que hiciera posible su compasión hacia ellos y que les pudiera representar ante Dios, fue difícilísimo, y sólo pudo efectuarse mediante los grandes misterios de: 1) la encarnación, por la que tomó sobre sí nuestra humanidad (He. 2:14); 2) las tentaciones que se dignó padecer

(He. 2:18; 4:15), por las que experimentó como hombre todo el poder del diablo aunque «sin pecado», y 3) los sufrimientos, por los que «aprendió la obediencia» y llegó a poder adentrarse en todas las experiencias de Su pueblo: «porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos» (He. 2:10). «Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (He. 5:7-9). Esto no tiene nada que ver con Su naturaleza esencial, que siempre fue perfecta, sino que se refiere a Su obra sacerdotal, que sólo se hizo posible por la maravillosa disciplina que hemos señalado y a la que voluntariamente se sujetó. Su sacerdocio es potente y eterno, y por eso el simbolismo incluye no solamente a Aarón, sino también a Melquisedec el sacerdote-rey (He. 5 y 7). La obra sacerdotal de Cristo comprende:

- A. La simpatía (He. 4:15).
- B. El oportuno socorro (He. 4:14-16).
- C. La intercesión (Ro. 8:34; He. 7:25).

El conjunto de esta obra garantiza el desarrollo de los propósitos de Dios en orden al creyente, y provee para la consumación de Su obra en cada uno de ellos. Desde la diestra, Cristo suministra la ayuda necesaria para la continuidad de la comunión (como hemos visto en Juan) y conduce al creyente por el camino de la madurez espiritual en que tanto insistía el autor de la Epístola a los Hebreos. «Puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.» Tenemos un ejemplo claro de la intercesión del Señor Jesús a favor de Su pueblo en Juan.

V. El fin de la obra

El importante pasaje de 1.a Corintios 15:23-28 nos hace ver que la obra de la redención y la restauración de los hombres, conjuntamente con la derrota de las fuerzas del mal, se ha encomendado al Hijo, quien ha de reinar hasta poner a todos Sus enemigos debajo de Sus pies. Cumplida la grandiosa y sublime misión, el Hijo pondrá «todas las cosas» a los pies de Dios Padre, quien será «todo en todos», sin que haya ningún elemento discorde en Su universo. Entonces la obra medianera habrá tocado a su fin. En lo que se refiere a la Iglesia, el fin de la obra tendrá lugar en «las bodas del Cordero», cuando Cristo se presentará a sí mismo la «Esposa», gloriosa y sin mancha ni arruga, gracias a Su propia obra de santificación a favor de ella (Ap. 19:7 y 8; Ef. 2:7; 5:25-27).

Capítulo 17 **LA SANTIFICACIÓN**

I. Definición

Leemos muchas veces en el Antiguo Testamento de personas o cosas que fueron «santificadas», o sea: «apartadas para el servicio de Dios», como, por ejemplo, los sacerdotes de la familia de Aarón con todos los utensilios del Tabernáculo. Pasando al Nuevo Testamento, encontramos el verbo *hagiazó* (santifico) con idéntico sentido en cuanto al oro

que adornaba el Templo, y los dones que se colocaban sobre el altar (Mt. 23:17 y 19). A nosotros nos interesa el tema de la santificación del creyente, y, en relación con él, hemos de distinguir cuidadosamente dos aspectos:

A. La santificación que es común a todos los creyentes en virtud de su unión con Cristo, de donde se deriva su nombre de «santos» (véase Hch. 9:13 y 32; 26:10; Ro. 1:7; Fil. 1:1).

B. La santificación práctica, que es la separación progresiva del creyente del pecado para vivir a Dios, en la medida en que aquél se vale de los medios que Dios ha provisto para tal fin.

II. La santificación posicional del creyente

A. Es un propósito divino. El apartamiento de los creyentes para Dios «en Cristo» es una parte esencial del gran plan divino: «En esta voluntad somos santificados mediante ía ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre» (He. 10:10 con 13:12; Jn. 10:36; 17:19; 1 Co. 1:30; 6:11; 2 Ts. 2:13; 1 P. 1:2).

B. Su base es la Cruz y la resurrección. El pasaje central sobre la santificación se halla en Romanos 6 a 8. Ante la pregunta tendenciosa de «¿Perseveraremos en ei pecado para que la gracia abunde?», el apóstol Pablo contesta: «En ninguna manera, porque los que hemos muerto al pecado [en Cristo], ¿cómo viviremos aún en él?». Apela luego a la figura del bautismo cristiano (por inmersión, desde luego, según su significado etimológico y de acuerdo con la práctica apostólica) para demostrar que todos los creyentes a quienes se dirigía, en el acto inicial de su profesión cristiana, habían expresado su identificación con la muerte y ía resurrección de Cristo, y, por consiguiente, su separación del pecado para vivir para Dios. La misma verdad se enseña en Colosenses 2:11-13; 3:1-4.

III. La santificación práctica del creyente

Nuestra santificación práctica es también la voluntad de Dios (1 Ts. 4:3 y 4), quien quiere que «seamos lo que somos». El apóstol Pedro recuerda a los creyentes lo que está escrito en la Palabra de Dios: «Sed santos, porque yo soy santo» (1 P. 1:15 y 16; véase Ef. 4:24; 1 Ts. 5:23).

A. Esta santificación práctica se efectúa por la apropiación por la fe de lo que Dios ya ha realizado en Cristo mediante la Cruz y la resurrección. Un versículo muy importante, a este respecto, se halla en Romanos 6:11: «Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». El hecho depende de la obra de Cristo, pero nosotros hemos de «tomar en cuenta» («considerar») este hecho cuando surgen las sollicitaciones de nuestra carne al mal, diciendo para nosotros mismos: «Estoy muerto a aquello que reconozco como cosa del viejo hombre; por lo tanto, he de escoger el camino de la voluntad de Dios en el poder de la vida de resurrección.»

B. El poder para la santificación práctica se halla en la persona del Espíritu Santo, quien nos libra de la «ley del pecado y de la muerte» (véase Ro. 8:2; Gá. 5:22-25; Ef. 3:14-21). El creyente «carnal» es aquel que no ha sabido contemplar la perfección de la obra de la Cruz y de la resurrección relacionada con la victoria sobre el pecado, y, por lo tanto, no ha apropiado por la fe su posición como muerto para el pecado y vivo para Dios. El Espíritu Santo, entristecido, no puede efectuar toda su obra en el tal creyente, quien anda conforme a la carne y no conforme al Espíritu.

C. Los medios para seguir la santificación práctica. Además de los que anteceden, podemos notar los siguientes:

1. La contemplación de la gloria del Señor en el poder del Espíritu Santo (2 Co. 3:18).
2. La Palabra de verdad. En Su oración intercesora, dijo el Señor Jesús: «Santificalos en la verdad: tu palabra es la verdad» (Jn. 17:17). (Véase Sal. 119:9-11.)
3. La separación práctica del mundo (2 Co. 6:14-18; 2 Ti. 2:19-21; 1 Jn. 2:15-17).
4. La diligencia por parte del creyente (2 Co. 7:1; 2 P. 1:1-10).
5. La oración en el Espíritu Santo (Jud. 20).

IV. La santificación en los escritos del apóstol Juan

Pablo deduce la doctrina de la santificación del hecho de nuestra unión con Cristo en Su muerte y en Su resurrección, mientras que el apóstol Juan se fija en la nueva naturaleza del hijo de Dios que ha sido «engendada» en el creyente por el Padre mediante la vivificación de la semilla de la Palabra por el Espíritu Santo. Esta nueva naturaleza, por ser de Dios, «no peca». Nuestra dignidad de «hijos» exige la justicia práctica y el amor hacia los hermanos (1 Jn. 3:6-9; 2:29; 4:7; 5:4 y 18).

V. La meta de la santificación: el tribunal de Cristo

El Nuevo Testamento nos revela que todos los creyentes tendremos que dar cuenta de los actos de nuestra vida como cristianos delante del tribunal de Cristo «en aquel día». En virtud, pues, de esta verdad solemne, el apóstol Pablo exhorta a los creyentes a «que sean confirmados sus corazones, de modo que sean irreprochables en santidad...» (1 Ts. 3:13). (Véase Fil. 1:6-10; 2 Co. 5:10; 1 Ts. 5:23; 1 Jn. 4:16 y 17.) La cita de 2.a Corintios 5:10 debe leerse: «Es menester que todos nosotros seamos manifiestos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiera hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo.» Todo disfraz se quitará, y el fingimiento será imposible en «aquel día», ya que estaremos bajo el ojo escrutador del Maestro de nuestro servicio. El santo temor que engendra este pensamiento es, en sí, un poderoso aliciente hacia la vida de santidad práctica, como lo es también la promesa de la venida del Señor, pues «todo aquel que tiene esta esperanza en Él [la de ver al Señor y ser semejante a Él] se purifica a sí mismo, así como Él es puro» (1 Jn. 3:3).

Capítulo 18 **LA CARNE Y EL ESPÍRITU**

I. Aclaración de términos

Hay muchos lugares en el Nuevo Testamento donde hallamos en contraposición unos principios opuestos, enfrentándose algo que es del hombre, o del régimen preparatorio del Antiguo Testamento, con lo que es de Dios, como, por ejemplo: La Ley y la gracia; las obras y la fe; la carne y el Espíritu. En este estudio hemos de fijarnos en esta última antítesis, procurando ver lo que indican las Escrituras por el término «carne» y cómo opera el Espíritu para desbaratar su nefasta obra.

Los distintos significados de la palabra «carne»

A. Desde luego la palabra se emplea muchas veces en su sentido literal para indicar la sustancia del cuerpo del hombre y de los animales. Como tal no tiene significado moral, sino que es solamente una parte de la creación que se puede emplear para bien o para mal (1 Co. 7:28; 15:39; Gá. 2:20; 4:13 y 14; Col. 2:5, etc.).

B. Significa también el «hombre» o la «humanidad». En la sublime declaración de Juan 1:14: «El Verbo fue hecho carne», se entiende que esta naturaleza humana era sin pecado, perfecta e ideal, tal como salió de las manos del Creador. (Véase también 1 Ti. 3:16.)

C. En otros casos representa la humanidad en contraste con Dios, siendo ilusoria su aparente fuerza, de modo que es desastroso confiar en «el hombre». Este sentido se destaca bien en las citas siguientes: «Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo» (Is. 40:6); «maldito el varón que confía en el hombre y pone carne por su brazo» (Jer. 17:5); y «porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt. 16:17; véase Fil. 3:3 y 4; véase también Ro. 3:20 y Gá. 2:16 donde «ser humano» traduce «carne» —sarx— en el original).

D. Como derivación natural del último párrafo, hallamos otro significado que se reviste de mucha importancia en la teología bíblica: la «carne» es todo cuanto proviene de la naturaleza caída del hombre, y, como tal, se pone en contraste con el Espíritu, por quien Dios da su propia vida y poder al hombre que se arrepiente y se vuelve a Él.

II. Enseñanzas bíblicas sobre la «carne»

Restringiéndonos ahora a este último sentido de la palabra, hemos de considerar lo que dicen las Escrituras de ella, y de la posible victoria del creyente sobre la «carne» en el poder del Espíritu.

A. La carne es incapaz de producir nada que no sea también «carne», de la manera en que los cardos no pueden dar una cosecha de higos. Es imposible, pues, que una nueva naturaleza espiritual surja del intento de «refinar» la carne, sino tan sólo del nuevo nacimiento en el poder del Espíritu de Dios (Jn. 3:6-8).

B. Por haberse originado esta esfera de la carne en la desobediencia y en el pecado del hombre (Gn. 6:3), toda ella está debajo de la condenación de Dios y nadie que está en ella puede agradar a Dios (Ro. 8:7 y 8). Tengamos en cuenta, sin embargo, que mucho de la carne es agradable al «hombre», y aun al hombre «decente», educado y culto. Tomemos por ejemplo un acto de «culto» que se basa en las prácticas que agrandan a los sentidos de los hombres o que halagan su «justicia propia»; todo será muy «bonito» y muy «bueno», pero no dejará de ser abominación delante de Dios (Le. 16:15).

C. La carne no se mejora después de la conversión, y queda siendo tan fea e intratable después de cincuenta años de vida cristiana como lo fue en un principio (Ro. 7:18). Lo único que Dios puede hacer con la carne es colocarla en el lugar de la muerte, y esto se realizó cuando Cristo, nuestro sustituto, se identificó con nosotros y murió en nuestro lugar (Ro. 8:3).

D. El «viejo hombre» no desaparece en el momento de la conversión, ni en ningún momento de bendición espiritual posterior, pero Dios ha provisto los medios para que esté en sujeción y para que el creyente viva y ande, no conforme a la carne, sino conforme al espíritu (1 Jn. 1:5 — 2:2; Ro. 8:4, 5, 12 y 13).

E. Las obras de la carne, que se detallan en la terrible lista de Galatas 5:19-21, incluyen, no solamente los pecados escandalosos de la fornicación, la disolución, etcétera, sino también los celos, iras, contiendas y disensiones que se manifiestan con harta frecuencia en el seno de la familia de Dios (1 Co. 3:1-4). Sepamos que todo ello surge de la carne y que es aborrecible delante de Dios.

F. La carne y el Espíritu son principios antagónicos enteramente incompatibles el uno con el otro, codiciando y luchando constantemente el uno contra el otro (Gá. 5:17). Este

estado de guerra perpetua resulta lógicamente de la definición de la «carne» que dimos en el apartado D.

III. La victoria sobre la «carne»

Esta victoria, que ya hemos visto como provista y asegurada por el poder de Dios, no se consigue por maltratar el cuerpo, que, en el caso de los redimidos, es el templo del Espíritu Santo, ni tampoco por ningún esfuerzo de la voluntad del hombre, sino por apropiarse de lo que Dios ha hecho ya en Cristo, que se hace efectivo en el precioso don de su Espíritu. Notemos los pasos siguientes:

A. Como el creyente expresa en su bautismo, murió con Cristo al creer en Él en cuanto a la vieja naturaleza y volvió a vivir en la potencia de la resurrección del Señor (Ro. 6:1-10).

B. Debe «considerar» (Ro. 6:11) este gran hecho en su vida diaria al percibir los embates de la carne, rindiendo su voluntad a la de Dios, con la entrega consciente de todo su ser, y de esta forma el pecado no se enseñoreará sobre él (Ro. 6:11-14).

C. Se hace posible entonces que el Espíritu le guíe de tal forma que se realizarán en su vida todas las posibilidades de su nuevo y glorioso estado de «hijo adoptivo de Dios», quien reconoce al Padre y pone todo su interés en los asuntos de su Casa (Ro. 8:5, 14-16; Gá. 5:16-18, 22-25).

Nota final. Lo expuesto en los apartados anteriores no excusa la diligencia de parte del creyente en todo cuanto atañe a la vida y al servicio de quien le compró con Su sangre, sino que subraya la necesidad de recibir con fe la obra ya hecha del Señor. Entonces el esfuerzo constante procederá del poder del Espíritu y no de la voluntad de la carne (2 P. 1:4-8; Ef. 2:10, etc.).

Capítulo 19

LA IGLESIA UNIVERSAL

I. Definición

La palabra griega ekklesia quiere decir «llamado fuera», y la aplicaban los griegos a cualquier asamblea para discusiones, como la de Efeso (Hch. 19:39). En la versión alejandrina del Antiguo Testamento denotaba la congregación de Israel como un pueblo «llamado fuera» de Egipto para servir a Dios (véase Hch. 7:38, donde se traduce en Reina-Valera por «congregación»). Después del gran anuncio del Señor que consideramos abajo («Edificaré mi iglesia»), adquirió un sentido especial, denominando este término al nuevo pueblo espiritual, redimido por la sangre de Cristo, que había de formarse como resultado de la obra de la Cruz, el triunfo de la resurrección y la venida del Espíritu Santo. La Iglesia no es una organización, obra de la habilidad y de la pericia de los hombres, sino un organismo, o sea: un «Cuerpo espiritual, en el que todos los creyentes en Cristo Jesús están unidos vitalmente los unos con los otros y todos con su «Cabeza», que es Cristo (Ef. 1:22).

II. El anuncio del Señor

Después de la «confesión» de Pedro acerca del Señor: «Tú eres el Cristo [el Mesías] el Hijo del Dios viviente» (que es la base de toda la obra divina a favor del hombre), fue posible que el Señor anunciara Su gran propósito de edificar Su Iglesia: no sobre Pedro, aún tan débil y fluctuante, pero compuesta de Pedro y de todas las demás «piedras» que llegasen a poner su confianza en el único Salvador (Mt. 16:16-18; Hch. 4:10-12; Ef. 2:20; 1 P. 2:4-10).

Los santos del Antiguo Testamento tendrán su lugar en el Reino de Dios, y, desde luego, se salvaron anticipadamente por la obra de la Cruz; pero ya que el Señor anuncia Su propósito como aún futuro, «edificaré», hemos de comprender que el principio de la Iglesia, en el sentido pleno de la palabra, tuvo lugar en el día de Pentecostés (Hch. 2).

III. La Iglesia en los Evangelios

Como ya se ha indicado, la plenitud de la verdad en cuanto a esta nueva y gloriosa obra de Dios, no pudo revelarse plenamente hasta después de la realización de la obra de la Cruz, pero, con todo, se hallan indicios de lo que había de ser en las palabras del mismo Señor, que adquirieron nuevo sentido después de Su resurrección de entre los muertos.

A. Es un santuario (Jn. 2:18-21). El místico «templo» o «santuario» que se había de levantar en tres días era, en primer término, el cuerpo de resurrección del Señor; pero, en vista de las revelaciones posteriores que fueron dadas a Pablo, podemos comprender que la frase encerraba un doble sentido, y que el «templo» de Su «Cuerpo» se refiere también a Su «Cuerpo místico», o sea, el conjunto de todos los fieles en Cristo, donde la gloria del Señor había de manifestarse en la nueva dispensación, de la forma en que se había manifestado anteriormente en el templo de Salomón.

B. Es un rábano (Jn. 10:16). El versículo citado hace referencia a otras ovejas que el Buen Pastor había de tener en virtud de Su muerte, que no pertenecían al «redil» de Israel, y que, juntamente con los redimidos de este pueblo, habían de formar un «rebaño» que oiría la voz de un solo Pastor. Nótese la diferencia entre un «redil», que encierra las ovejas mediante un cerco, y un «rebaño», que es un conjunto de ovejas que sigue al Pastor. No estamos sujetos por la fuerza de la Ley, sino que seguimos al Señor por el amor que le tenemos. Esta dulce palabra «rebaño» sugiere los conceptos de protección, guía, cuidado y buenos pastos, que se reciben todos de la mano-del Pastor.

C. Es una vida (Jn. 15:1-8). «Yo soy la vid verdadera... Yo soy la vid y vosotros los pámpanos», dijo el Señor a los discípulos en la víspera de la Pasión. En el Antiguo Testamento, Israel había sido la vid y la viña, pero no produjo sino uvas silvestres (Is. 5:1-7). Ahora el Señor se manifiesta, y Él llevará abundantemente el fruto que Dios requiere. Pero, en Su gracia y Su amor, asocia consigo a los «sarmientos», para que juntamente sean la «vid verdadera» que lleva fruto para Dios. Vemos la misma unión orgánica de todas las partes de un todo que se aprecia en el «cuerpo».

IV. El día del nacimiento de la Iglesia

El nuevo organismo pertenece a la nueva creación, y no pudo producirse sino después de la muerte y de la resurrección del Señor, quien quitó el pecado y consumió la muerte en Su bendita persona. El Espíritu Santo, al descender conforme a la promesa del Padre y del Hijo, llenó los rendidos corazones de los redimidos y los unió en un solo lazo vital de vida y de poder (Ef. 4:4). Fue una obra única que no necesita repetirse. Después de aquel día, el creyente, sin distinción de raza o de categoría social, es bautizado en un 50/0 cuerpo por el Espíritu al creer (1 Co. 12:13).

V. La Iglesia en Los Hechos de los Apóstoles

En un sentido muy real, este libro es la historia del nacimiento y del desarrollo de la Iglesia en sus primeras etapas. Por algún tiempo la iglesia local de Jerusalén coincidía, a los efectos prácticos, con la Iglesia universal, pero después de la persecución dirigida por Saulo empezó a extenderse para llegar a ser, después de haberse abierto la puerta de la fe a los gentiles (Hch. 10), una Iglesia compuesta de los salvos de todo pueblo, tribu y nación. Vemos bastante de la organización de la iglesia local (sencillísima por cierto), pero sobre todo Lucas nos hace ver a la Iglesia toda como portavoz del Evangelio: la Iglesia que dio su testimonio ante un mundo perverso con la eficiencia y el poder que suministraba el Espíritu Santo, quien se manifestaba pujante en medio del pueblo redimido.

VI. La Iglesia en la Epístola a los Efesios

La doctrina total sobre la Iglesia universal ha de buscarse en todas las epístolas y en el Apocalipsis, pero el «misterio» de este nuevo «Cuerpo» formado, sobre la base de la obra de la Cruz, por creyentes de entre los judíos y de los gentiles, se reveló de una forma especial al apóstol Pablo, el que fue llamado por el Señor resucitado y glorificado (Ef. 3:1-9). Entre todos sus escritos, es en la Epístola a los Efesios donde se desarrolla plenamente el tema de la Iglesia universal, de la manera en que lo referente a la iglesia local se halla principalmente en la Primera Epístola a los Corintios.

A. La Iglesia nace de un propósito eterno de Dios (Ef. 1:1-11; 3:10 y 11). Una cuidadosa lectura de los pasajes señalados nos hace ver que los creyentes fueron escogidos por Dios el Padre en relación con Cristo antes de la fundación del mundo, y que esta elección tiene que ver con el propósito de Dios de «reunir todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos». Comparando las maravillosas palabras de Efesios 2:7 y 3:10 con el prólogo de la epístola, se echa de ver que la Iglesia tiene un lugar preeminente y especial en el plan total de Dios en orden a los hombres. Esto se ilustra en Apocalipsis 21, donde una simbólica representación de la Iglesia glorificada ocupa el centro de la nueva creación.

B. La constitución y la formación de la Iglesia (Ef. 2:4-22). La Iglesia está formada por todos los creyentes, ya que éstos han sido redimidos de una vida de sujeción al «príncipe de la potestad del aire» por la misericordia, el amor y la gracia de Dios manifestados en Cristo. En unión con el Señor resucitado, han sido elevados a una nueva esfera espiritual: «los lugares celestiales». Con Su muerte, el Señor cumplió la Ley y realizó los símbolos del régimen preparatorio, de tal forma que tanto los judíos como los gentiles hallan una nueva vida en Él, quien les une en un Cuerpo, siendo así «reconciliados» y libres de las enemistades anteriores. Esta constitución de la Iglesia se ilustra por medio de los símbolos que se detallan más abajo.

C. La revelación del «misterio» (Ef. 3:1-12). Como hemos notado arriba, la revelación del «misterio» (es decir, una verdad que antes se ignoraba y que ahora se ha manifestado) de la unión de los creyentes judíos y gentiles en un solo Cuerpo espiritual, pertenece plenamente a la nueva dispensación, ya que Pablo declara: «Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas [del Nuevo Testamento] por el Espíritu» (Ef. 3:5). Pablo se destaca entre estos instrumentos de la «revelación» (Ef. 3:7-9) como fiel administrador de los misterios de Dios y como convenía a su vocación por el Señor resucitado; pero la doctrina es presentada por los apóstoles.

VII. Los símbolos de la Iglesia en la Epístola a los Efesios

La verdad en cuanto a la Iglesia se presenta y se ilustra por medio de cuatro metáforas, que desarrollan y definen más ampliamente las figuras que ya hemos notado en los Evangelios. Estas metáforas son: el edificio, el santuario, el cuerpo y la esposa.

A. El edificio (Ef. 2:19-22). En el pasaje de referencia, el apóstol acaba de declarar que todos los creyentes, sean judíos o gentiles, tienen entrada al Padre por el Hijo y en el poder del Espíritu para formar «un nuevo hogar». Entonces la metáfora sufre una modificación, y el «hogar» llega a ser un «edificio», del que los apóstoles y los profetas (del Nuevo Testamento) son las piedras del cimiento, hallando todo su apoyo en la «principal piedra del ángulo, Jesucristo mismo» (Ef. 2:20). El Señor no sólo es fundamento, sino también el armazón de este edificio espiritual: «en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo... en alguien vosotros también [los creyentes gentiles de Efeso y todos los que les han seguido] sois juntamente edificados para la morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2:21 y 22). Esta figura del edificio aprovecha las profecías del Antiguo Testamento sobre la «piedra» como símbolo mesiánico (Sal. 118:22; Is. 28:16) y nos hace ver cómo los creyentes, sacados como Pedro de la cantera del mundo, pueden unirse sobre la base de la persona y la obra de Cristo, llegando a ser, a pesar de su diversidad como personas, una unidad esencial (Jn. 17:20-23), cumpliendo así los propósitos eternos de Dios. Pedro se vale de la misma figura en 1.* Pedro 2:4-10; pasaje que se puede considerar como la explicación y el comentario que el apóstol hace de la declaración del Señor: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

B. El santuario (Ef. 2:21). Es natural que un edificio llegue a ser también una morada, pero en este caso el que se digna residir en el edificio espiritual de la iglesia no es otro sino Dios mismo, de modo que viene a ser un «templo santo en el Señor». La palabra griega traducida por «templo» es naos, o sea, «un santuario»: el lugar santísimo del templo donde la gloria de Dios se manifestaba. Como hicimos notar al comentar Juan 2:18-21, la Iglesia sustituye el templo de Salomón como lugar y medio para la manifestación de la gloria de Dios en la tierra. ¡Solemne responsabilidad que recae sobre cada miembro de la Iglesia de ser fiel a su vocación!

C. El cuerpo (Ef. 1:23; 2:16; 4:4-16). ¡He aquí la figura más amplia y completa como designación de la Iglesia universal! Ya no son piedras que se traen y se colocan en un edificio, sino miembros llenos de vitalidad que conjuntamente forman un organismo del cual Cristo es la Cabeza y el Espíritu Santo es el agente que articula esa unidad viviente. La figura en Efesios 4:4-16 surge de la enseñanza que el apóstol da sobre la divina provisión hecha para la edificación de todos los creyentes por medio de los dones que el Señor ascendido concedió a la Iglesia, y podemos subrayar los siguientes conceptos:

1. El cuerpo es uno e indivisible. Los hombres no crearon esta unidad y no la pueden destruir. La exhortación es que la guardemos en sus manifestaciones por un trato amoroso y humilde con nuestros hermanos.

2. Hay una norma de perfección, que es «la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»: meta del desarrollo y el crecimiento del cuerpo (Ef. 4:13).

3. Para este desarrollo cada «juntura», o sea, cada miembro, tiene el deber de suplir algo para el bien de la totalidad del cuerpo según el don que el Señor haya concedido a cada uno. Se destacan especialmente los grandes dones —apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores—, pero se hace constar que «a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo» (Ef. 4:7 y 11). El que no contribuye al crecimiento y al bienestar del cuerpo por la humilde administración del don que ha recibido, perjudica todo el organismo.

Pablo desarrolla la misma figura con mayor amplitud en 1.a Corintios 12, en relación con la iglesia local, pero mucho de lo que se dice allí se puede aplicar también a la Iglesia universal.

D. La esposa (Ef. 5:22-33). Entre Cristo y Su Iglesia, además de la unión vital que se

simboliza por el cuerpo, existe amor mutuo y comunión, que hallan su expresión en la hermosa figura de la esposa y en el pasaje señalado se hace un extenso parangón entre las relaciones del marido y la mujer y las de Cristo y la Iglesia: «Mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia» (Ef. 5:32). Hemos de comprender que la realidad de la Iglesia, y la de sus benditas relaciones con su Señor, son tan variadas y tan ricas en matices que no podía representarse por un solo símbolo, y de ahí nace la sucesión de figuras que estamos meditando. La figura de la «esposa» hace posible presentar el amor mutuo entre ambos, y la obra del «Esposo» a favor de la amada hasta el día de la presentación última (Ef. 5:25-27). Esta bendita consumación se halla descrita en Apocalipsis 19:7-9.

VIII. La ciudad del Apocalipsis

«La gran ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo» (Ap. 21:10) se identifica con «la desposada, la esposa del Cordero» (Ap. 21:9), y así aprendemos que es una magnífica descripción simbólica de la Iglesia glorificada, centro de la nueva creación. Todo en ella habla de luz, gloria y perfección; y el «santuario», que fue lugar de la manifestación de la gloria de Dios en la tierra, llega a ser ahora el foco de su resplandeciente luz en la edad eterna (Ap. 21:22 y 23). ¡Glorioso destino el de la Iglesia universal!

IX. El ministerio de la Iglesia

La Iglesia universal se manifiesta aquí en la tierra únicamente por medio de la congregación local, y no hay ningún indicio en las Escrituras de grandes organizaciones que agrupan un número considerable de iglesias locales sobre una base nacional o regional, ni mucho menos de denominaciones que se distinguen por ciertas prácticas o doctrinas que les sean peculiares. Existían en la edad apostólica y sub-apostólica fuertes lazos de comunión entre las iglesias de distintas regiones, pero sin que una iglesia pudiera mandar en otra, y sin que una jerarquía eclesiástica operase por medio de principios de subordinación carnal. La Iglesia local tiene su sencilla organización y disciplina, como veremos en el próximo estudio, pero es autónoma y responsable ante su Señor.

El tema del ministerio, por lo tanto, tiene que ver más bien con la Iglesia local, aunque ya hemos visto que el Señor ascendido derramó sus preciosos dones para el beneficio de todo el «cuerpo». La lista de Efesios 4:11 es breve, pero incluye los dones del carácter más universal y más permanente. Es verdad que los apóstoles no han tenido sucesores; sin embargo, les fue concedido cimentar de tal forma el fundamento de la Iglesia que su obra permanece hasta hoy especialmente en el canon del Nuevo Testamento que encierra «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (Jud. 3). Los profetas daban mensajes directos en los primeros tiempos de la Iglesia, pero desde que se terminó el Nuevo Testamento el don es más bien el de declarar lo que el Espíritu Santo ya nos ha dado en la Palabra. Los evangelistas anuncian ampliamente el mensaje de vida y fundan iglesias que después han de ser cuidadas por los pastores y edificadas por los doctores o maestros. Se puede decir que estos últimos dones son los más importantes en nuestros tiempos.

I. Su historia

Como en el caso de la Iglesia universal, encontramos una referencia a la iglesia local en germen en las palabras del mismo Señor: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt. 18:17-20), pero su historia empieza en el día de Pentecostés. La predicación de Pedro fue bendecida de tal manera que tres mil almas se convirtieron al Señor y fueron bautizadas por el Espíritu en el aposento alto. Todos estos creyentes se sintieron unidos los unos a los otros, y todos a Cristo; lo que dio por resultado que hicieran vida en común, hasta donde les fue posible, como una gran «familia» cristiana, perseverando en la doctrina de los apóstoles y cumpliendo las ordenanzas del Señor (Hch. 2:41-47). He aquí, pues, la primera iglesia local, que, hasta su dispersión, coincidía prácticamente con la Iglesia universal, ya que el testimonio no se había extendido fuera de Jerusalén.

Después de la persecución que se levantó a raíz del martirio de Esteban, los creyentes en Jerusalén, en su mayor parte, fueron esparcidos; pero, lejos de callar el mensaje, «iban por todas partes anunciando el evangelio» (Hch. 8:4). En los muchos sitios en que el Señor prosperó su testimonio, se iban formando grupos de creyentes, que fueron corroborados por visitas de los apóstoles de Jerusalén (Hch. 9:32). Por medio de este procedimiento, y dentro de un período relativamente breve, se hallaban iglesias locales esparcidas por las tres grandes provincias de Palestina.

Después de abrirse la puerta de la fe a los gentiles (Hch. 10), y siendo llamado y preparado Pablo para su obra apostólica, fue posible que el Evangelio se hiciera extensivo a muchos países del mundo. En el curso de tres grandes expediciones misioneras, Pablo plantó iglesias locales en muchas partes de Siria, Asia Menor y Grecia, según la historia detallada que Lucas nos da en Hechos 13 a 20. Sin duda, los demás apóstoles llevaron a cabo una obra análoga en otras regiones.

Cuando la predicación y la labor de un obrero resultaban en la formación de una iglesia, no quedaban en aquel sitio para pastorear el nuevo rebaño indefinidamente, sino que confiaban en que el Espíritu Santo levantara los dones necesarios en cada grupo, no sólo a los efectos de la vida interna del grupo, sino también con miras a la propagación del mensaje en el distrito circundante. Las iglesias no quedaban por eso abandonadas, sino que los apóstoles o sus delegados volvían de vez en cuando para la enseñanza y la guía de los rebaños, indicando, al mismo tiempo, anciano (idénticos con obispos y pastores) para el gobierno y el pastoreo permanente de las ovejas. Estos guías eran hombres que se habían destacado por su adelanto en las cosas del Señor, siendo reconocidos por su cuidado de la iglesia (Hch. 14: 21-23; 20:17-35; véase «Organización» abajo).

A estas iglesias iban dirigidas la mayor parte de las cartas apostólicas que, motivadas por algunas preguntas o por alguna necesidad de los creyentes de aquel tiempo, han llegado a ser «Palabra inspirada» para todos los tiempos.

II. Su naturaleza

Sólo Dios puede ver la Iglesia universal en toda su extensión por el mundo y por los siglos, pero la iglesia local llega a ser Su reflejo y Su expresión en un sitio determinado de la tierra. Los nacidos de nuevo (otros no tienen parte ni suerte en el asunto) son «bautizados por un Espíritu en un cuerpo» (1 Co. 12:13), e impulsados por el hecho de formar parte del cuerpo místico de Cristo buscan la comunión de otros miembros del mismo cuerpo, reuniéndose en cualquier edificio conveniente para los efectos de los cultos y de la edificación mutua, según el modelo apostólico (Ro. 16:5; 1 Co. 16:19; Co. 4:15; Flm. v. 2).

De la forma en que encontramos la enseñanza más completa sobre la Iglesia universal en Efesios, así hallamos las instrucciones detalladas sobre la iglesia local en la Primera Epístola a los Corintios. Se desprende del estudio de esta epístola que habría un elemento de desorden en la iglesia de Corinto (la cual, por otra parte, era notable por su número, fe y dones) que motivó las reprobaciones y las enseñanzas que nos sirven ahora de preciosa guía. Ya hemos visto la luz que el libro de Los Hechos arroja sobre el tema, y, desde luego, hay infinidad de referencias en las epístolas que ponen en foco el cuadro, con referencia especial a las que se mandaron a los tesalonicenses y a los delegados apostólicos Timoteo y Tito.

Las figuras de la iglesia local. Muchas de las enseñanzas sobre la Iglesia universal tienen su aplicación a su expresión localizada, que también se destaca bajo las metáforas de edificio, santuario y cuerpo (1 Co. 3:9-17; 12:12-31; Ro. 12:4 y 5). Pero, como es lógico tratándose de grupos «palpables», compuestos de hombres y mujeres que se reúnen para fines prácticos, en este caso el énfasis recae sobre la responsabilidad de los miembros de la iglesia local, quienes han de dar efectividad a las grandes verdades que se expresan por medio de las figuras. Así, cada uno tenía que cuidar de la forma en que se sobreedificaba encima del único fundamento, CRISTO, que Pablo, como maestro arquitecto, había colocado en Corinto, pues había la triste posibilidad de traer la madera, el heno y la hojarasca de los esfuerzos carnales en lugar del oro, la plata y las piedras preciosas de las obras del Espíritu (1 Co. 3:9-15).

La totalidad de la iglesia local se llama también templo «santuario», pero en el caso de la iglesia local le toca a cada creyente la responsabilidad de apreciar el carácter sagrado del edificio espiritual, cuidando mucho de no cometer sacrilegio por su mala conducta, su irreverencia o su indisciplina (1 Co. 3:16 y 17). En la figura del cuerpo sobresale su peculiar función en el organismo, pues el bienestar de todos depende de la contribución espiritual de cada uno conforme al don que haya recibido (1 Co. 12:12-16).

III. Su organización y su gobierno

En la iglesia local todo ha de hacerse decentemente y con orden (1 Co. 14:40), pero el énfasis del Nuevo Testamento no recae sobre su organización, sino sobre el poder vital del Espíritu, obrando libremente en todos los creyentes. De aquí resulta que la obra es mucho más que el cargo, hasta el punto de que el cargo pierde todo su valor si la obra espiritual que realmente se efectúa no corresponde a la posición que el hermano ocupa.

A. La iglesia local es autónoma. Hay abundantes noticias de los fuertes lazos de comunión y de amor fraternal que unían las iglesias de la edad apostólica y aun sub-apostólica, pero no existe ninguna mención de la subordinación de unas a otras que fuesen más poderosas y más prestigiosas por su número o por su posición geográfica. Asuntos de importancia general podían discutirse para que hubiera mayor luz y guía para todos, pero sin que se estableciera el dominio de ciertas iglesias sobre otras, ni mucho menos el de una jerarquía eclesiástica. Así, la cuestión de la circuncisión de los creyentes gentiles se trató entre los ancianos de la iglesia en Jerusalén y los representantes de la de Antioquía, pero no hay el menor indicio de que la iglesia de Antioquía fuese subordinada a la de Jerusalén.

B. El cuidado de la iglesia está en las manos de los ancianos. Como se ha destacado ya, cada miembro tiene su responsabilidad especial en relación con la vida total de la iglesia, y ¡dichosa la iglesia que tenga abundancia de don pastoral que se manifieste en el tierno cuidado de todos por cada uno! Pero el libro de Los Hechos y las epístolas enseñan claramente que hermanos de madurez espiritual, de criterio y de conocimientos bíblicos, en quienes se manifiesta este don, han de ser reconocidos (1 Ts. 5:12 y 13; He. 13:17), formando conjuntamente el consejo de ancianos. Al principio, los mismos apóstoles pudieron percibir y dar reconocimiento a estos dones que surgían en el seno de cada iglesia local (y un misionero que funda una iglesia hoy en día ha de hacer igual), pero en las cartas que Pablo escribió a sus

colegas Timoteo y Tito, quienes fueron enviados para la guía de las iglesias de Éfeso y de Creta, respectivamente, les dio claras instrucciones sobre las calificaciones de estos guías para la instrucción de las iglesias a través de los siglos (1 Ti. 3:1-7; Tit. 1:5-9).

Según indicamos arriba, a estos guías se les llama ancianos en vista de su madurez espiritual (que poco tiene que ver con la edad); obispos (mejor «sobrevivedores») por su obra en vigilar para el bien de la iglesia; pastores, por el tierno cuidado que han de tener de las ovejas, proveyendo para todas sus necesidades espirituales en el poder del Espíritu. Una comparación de Hechos 20:17,28 establece la identidad de «ancianos», «obispos» y «pastores», mientras que Pedro pone de manifiesto muy claramente que los ancianos y los pastores son las mismas personas (1 P. 5:1-4; véase también Tit. 1:5 y 7). Nunca se habla de un solo obispo o de un solo pastor de la iglesia local, ni mucho menos de un obispo de una región, pues la jerarquía moderna es una corrupción tardía de la sencillez apostólica, que, a su vez, siguió de cerca el modelo de la sinagoga de los judíos.

C. Los diáconos, o servidores de la iglesia. La palabra diácono quiere decir «servidor» o «ministro», y, como tal, tiene una aplicación muy amplia en el Nuevo Testamento. Con todo, las calificaciones de los diáconos que se nos presentan en 1.a Timoteo 3:8-13, juntamente con la referencia de Filipenses 1:1 que les distingue de los santos y de los obispos, nos dan a entender que había servidores señalados de las iglesias locales, quienes fueron también reconocidos para que pudieran llevar a cabo su obra con autoridad y con eficacia. Por analogía con Hechos 6, muchos suponen que cuidan solamente de lo material, mientras que los ancianos se entienden con lo espiritual, pero es más probable que la esencia misma de diácono indique todo aquel que ministra en la iglesia, de la forma que sea, pudiendo ser reconocidos los destacados de entre ellos.

IV. La Iglesia reunida

A. La reunión para el partimiento del pan se efectuaba normalmente el primer día de la semana (día de la resurrección del Señor y de la inauguración de la nueva creación), según se desprende de Hechos 20:7, donde la frase indica la costumbre de reunirse para este fin. No sería fácil que los creyentes del primer siglo se reunieran muchas veces en el día para diversos aspectos de los cultos, y hemos de suponer que, cuando la iglesia «se reunía en asamblea» (1 Co. 11:18, Versión Moderna) se celebraba primero el partimiento del pan, que ocupa el primer lugar en las instrucciones de Pablo, y que luego se dedicaban los hermanos a la oración y al ministerio de la Palabra para la edificación de todos, según las normas del capítulo 14. Una cuidadosa lectura de los capítulos 12a 14 de esta epístola nos enseña que había una gran variedad de dones y de operaciones en la iglesia de Corinto, y que hubo lugar y oportunidad para su ejercicio dentro del buen orden de la iglesia, sin que por eso se tratara de la intervención de todos, con o sin don. En la iglesia local hay libertad para el ejercicio de los dones que el Espíritu concede, y es responsabilidad de todos despertar su don especial, pero es un grave error suponer que todos los hermanos reciben el don de ministrar la Palabra en público.

B. Nuestra reunión de evangelización no se ve en el Nuevo Testamento, ya que no es propiamente reunión de la iglesia local, sino sencillamente un medio, entre otros muchos, de anunciar la Palabra de Vida a los inconversos. Estos esfuerzos de evangelización se realizaban más bien en las sinagogas, en las calles y en las plazas en los primeros años de la historia de la Iglesia, y en todo tiempo los evangelistas han de adaptar sus métodos a las circunstancias de su día, siempre dentro de las normas de la Palabra.

C. El ministerio. La base de todo ministerio, tanto público como privado, se halla en los dones que el Señor ascendido derramó sobre Su Iglesia cuando envió la «promesa del Padre» (Ef. 4:7-13; Ro, 12:3-8; 1 P. 4:10 y 11). Hemos notado en el estudio sobre la Iglesia

universal que los dones que se mencionan en Efesios son de alta calidad y de valor permanente. Las listas de los dones en 1.a Corintios 12 son más largas y tienen más que ver con las necesidades inmediatas de la iglesia en Corinto. Dones milagrosos como sanidades y lenguas se necesitaban como señal de la operación del poder de Dios entre los hombres en los primeros tiempos, cuando aún no se había formado el canon del Nuevo Testamento. Pablo indica la inferioridad del don de lenguas (misterioso asunto sobre el cual hay gran diversidad de pareceres) al de la edificación y de la profecía y de clara indicación de que estas ayudas de la «edad infantil» de la Iglesia habían de ser anuladas o relegadas a segundo término al llegar lo que era «perfecto», o sea, la manifestación plena de la voluntad de Dios en el Nuevo Testamento (1 Co. 13:8-11). Todo el énfasis se coloca sobre la edificación de los creyentes, fuese por los mensajes de los profetas o por las enseñanzas y la exhortación basadas en la Palabra. En los primeros tiempos los profetas recibían mensajes directos porque los creyentes no podían apelar a las Escrituras del Nuevo Testamento, pero ahora la misma obra se hace por la exposición de la Palabra revelada.

V. Las ordenanzas de la iglesia local

A. El bautismo. La predicación del bautismo formaba una parte integrante del anuncio del evangelio en los primeros tiempos, y aquellos que confesaban el nombre del Señor eran bautizados en el acto (Mt. 28:19; Hch. 2:37-41; 8:36-38; 10:44-48, etc.). Si el rito inicial se demora en nuestros días es por la dificultad en que nos hallamos de discernir entre la confesión falsa y la verdadera, y no porque el creyente haya de ganar madurez espiritual para estar en condiciones de bautizarse. Los mejores eruditos, aun muchos de la escuela de los «paidobautistas» (aquellos que bautizan a niños), reconocen que el bautismo novotestamentario era por inmersión y bajo confesión de fe, y nos basta seguir las normas de la Palabra en tan importante punto.

El significado espiritual del bautismo se expone en clarísimos términos por el apóstol Pablo en Romanos 6:1-10, por lo que comprendemos que señala la separación del creyente de todo lo antiguo de su vida mundana y pecaminosa, puesto que, a la vista de Dios, su vida ya es «nueva» y derivándose de la del Cristo resucitado. Las «costumbres» del cristianismo, que se derivan de la lenta corrupción de las prácticas apostólicas a través de los siglos, han complicado mucho la hermosa sencillez del Nuevo Testamento (aun entre hermanos por otra parte muy fieles), pero quedan claros los siguientes hechos: 1) El bautismo por inmersión del creyente es un mandato del Señor (Mt. 28:19); 2) fue la constante práctica apostólica (véanse referencias arriba) y 3) encierra un profundísimo significado espiritual cuyo simbolismo puede representarse adecuadamente tan sólo por el descenso del creyente al «sepulcro» de las aguas.

B. La cena del Señor. Los tres términos: «el partimiento del pan», «la mesa del Señor» y «la cena del Señor» indican distintos aspectos del mismo festín que fue instituido por el Señor en la víspera de Su pasión. Aparece el relato en los Evangelios según Mateo, Marcos y Lucas, confirmándose también por una revelación especial que fue dada a Pablo (1 Co. i 1:23). Es el acto central de la vida y de la adoración de la Iglesia, y no puede descuidarse sin grave peligro de la salud espiritual de la iglesia local. Es, sobre todo, un festín recordatorio en cuanto a la persona del Señor, quien se entregó a sí mismo por nosotros, pero también sirve para «proclamar su muerte» como hecho central de la vida de la Iglesia toda: 1) simboliza nuestra comunión (o participación) en todo el significado de Su muerte, y 2) ilustra la unidad de toda la Iglesia universal en Cristo y anticipa la venida, en persona, de nuestro Señor para recogerlos (1 Co. 10:16 y 17; 11:23-32).

El ágape era un festín de amor fraternal en el que la comunión de todos se manifestaba por comer en común, originándose en las espontáneas comidas de casa en casa

de Hechos 2:46. Se prestaba a abusos, y el apóstol Pablo recomendó la separación del «ágape» (mera institución humana) de la cena del Señor (1 Co. 11:17-22). La idea del «ágape» persiste en el refrigerio que tornamos en nuestras «reuniones de iglesia».

VI. La disciplina de la Iglesia local

La Iglesia es «santa» y es «de Dios», y, por lo tanto, ha de estar libre de pecados manifiestos que son incompatibles con su naturaleza. La predicación de la Palabra, la oración, la mesa del Señor y la comunión en general son «medios de gracia» que nos ayudan a ordenar nuestra vida en el temor y el amor del Señor. Cuando se pone de manifiesto que un hermano ha caído en una falta, o que esté en peligro de ello, entonces los espirituales debieran restaurar al tal en un espíritu de humildad, ya que todos estamos expuestos al peligro de tropezar (Gá. 6:1). Queda la triste posibilidad de pecados escandalosos de inmoralidad por parte de un hermano que persiste en prácticas que deshonran al Señor, o en la enseñanza de doctrinas erróneas. En este caso la iglesia local, por medio de sus ancianos, tiene la autoridad de separar el miembro rebelde de la comunión visible de la iglesia, devolviéndole a aquel terreno del mundo donde Satanás es príncipe y señor. Desde luego, la frase «entregar a Satanás» no tiene nada que ver con la perdición eterna, pues las cuestiones de la vida o de la muerte eternas están en las manos del Señor. La escena de una solemne «entrega» se describe en 1.a Corintios 5:1-13. (Véanse también Mt. 18:17; Ro. 16:17; 2 Ts. 3:6; 1 Ti. 1:19 y 20; 2 Ti. 2:17 y 18; Tit. 3:10 y 11; 2 Jn. 10 y 11).

La finalidad de toda disciplina es la restauración del pecador.

VII. Membresía de la iglesia local

Nuestro epígrafe no es bíblico en su forma de expresión, ya que son los verdaderos miembros del cuerpo místico de Cristo quienes han de reunirse en determinado lugar para formar la iglesia local, y de todo lo que antecede se desprende fácilmente que el hecho de ser miembro de una iglesia local es totalmente distinto de la mera adhesión a una asociación mundana en la que un número de personas hallan intereses en común. Hemos de tomar muy en serio nuestra posición como «miembros» del cuerpo visible de Cristo en la tierra, reconociendo que su salud espiritual depende en parte de nosotros. Recibimos mucho en la iglesia local, pero eso no es lo más importante, pues hemos de preguntarnos: ¿En qué contribuyo yo para el bienestar de todos? ¿Estoy colocando metales preciosos u hojarasca sobre el fundamento de la iglesia? Habiendo recibido tanto del Señor, ¿Cómo puedo demostrar mi gratitud?

Capítulo 21

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

I. Definiciones

Las profecías no cumplidas de las Escrituras pertenecen a aquel ramo de la dogmática que se llama la escatología, o sea: las enseñanzas sobre «las últimas cosas». La segunda venida de Cristo en persona es doctrina fundamental, ya que Él mismo dijo con toda claridad: «Vendré otra vez, os tomaré a mí mismo», mientras que los ánge-es, mensajeros celestiales

del Señor, anunciaron a los apóstoles: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch. 1:11). Frente a tales versículos, a los que se han de añadir las clarísimas enseñanzas de Pablo en 1.a Tesalonicenses 4:13-18, no comprendemos cómo puede haber creyentes que quisieran espiritualizar esta gran verdad, procurando hacer ver que la promesa de la venida se cumple en la muerte del creyente.

Al mismo tiempo, existe una diferencia obvia entre los hechos ya consumados de la redención y aquellos que se anuncian para un tiempo futuro. La profecía no se nos da para satisfacer una curiosidad vulgar ni admite, en sus detalles, un dogmatismo inflexible. Las claras profecías del Antiguo Testamento sobre la muerte del Mesías se cumplieron literalmente, pero no fueron entendidas por los apóstoles antes de la resurrección, a pesar de que el Señor mismo las había subrayado con repetidas enseñanzas sobre la necesidad de Su muerte. De igual modo, tiene que haber mucho que queda en la penumbra en cuanto a los acontecimientos que han de tener lugar en el futuro, y haremos bien en atenernos al doble propósito fundamental de la profecía: 1) el de orientar al creyente en medio de un mundo que va de mal en peor, y 2) el de animarle a velar y orar. La profecía no es precisamente un foco eléctrico para poner en evidencia todo cuanto ha de suceder en el porvenir (lo que nos haría más daño que bien), sino «un candil que alumbraba en lugar oscuro» (2 P. 1:19, traducción literal), de utilidad para que no tropecemos y para que pongamos la mira en la gran consumación que se espera.

Ha habido, y todavía existen, muchas escuelas de interpretación de la profecía, aun tratándose de amados hermanos que no desean otra cosa sino exponer la verdad según la han comprendido tras laboriosos y sinceros estudios de la Palabra. Este hecho debe salvarnos de un excesivo dogmatismo, y nunca debiéramos considerar a un hermano como hereje por su modo de entender los escritos proféticos, si es que admite plenamente la verdad bíblica sobre la persona y la obra de Cristo. Adelantamos, pues, el esquema siguiente en un espíritu humilde, creyendo que es el que mejor se amolda a toda la verdad bíblica, pero sin dogmatismos y sin la pretensión de que sea la única manera de entender los escritos proféticos.

Como el tratamiento detallado de la profecía sin cumplir no cae de lleno dentro del marco de este curso, hemos de abreviar muchísimo el bosquejo de este complicadísimo tema.

II. Las indicaciones de! Antiguo Testamento

Todos los escritos proféticos anuncian una época de gloria para Israel, tras un largo período de disciplina por sus pecados, con la inauguración del Reino milenial, que se asocia con la manifestación del Mesías, o, lo que es lo mismo, a la luz del Nuevo Testamento, de Dios mismo (Is. 2:1-4, 10; 11:1-11; 40:9-11, etc.). Daniel, estadista de un imperio gentil además de israelita piadoso, interpreta la visión de la gran imagen que señala a grandes rasgos la sucesión de los imperios gentiles desde la toma de Jerusalén por Nabucodonosor hasta la segunda venida de Cristo (Dn. 2:29-45). Más tarde recibe la notable profecía sobre su pueblo Israel de las «setenta semanas» de años, cuyo período comprende desde el edicto de restaurar Jerusalén hasta la muerte del Mesías (69 semanas), quedando una semana por cumplir, después del paréntesis de la Iglesia, y que es de asolamientos en cuanto a Israel. Esta semana se relaciona con la «consumación decretada» de los propósitos de Dios en orden al mundo e Israel (Dn. 9:24-27).

III. Las profecías del Señor Jesucristo

Cristo habla de Su venida y de la consumación desde dos puntos de vista:

A. En el monte de los Olivos pronuncia Su sermón profético, que recoge las profecías del Antiguo Testamento (con referencia especial a las de Daniel) y manifiesta que Él mismo ha de volver en gloria después de la destrucción de Jerusalén y tras un largo período de apostasía, de guerras y rumores de guerras, de cataclismos terrestres, y, por último, de señales astronómicas. Todo parece llegar a una crisis final de tribulación que no es arriesgado identificar con la última semana de Daniel. «Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mt. 24; Mr. 13; Le. 21:7-36; 2 Ts. 1:9 y 10; Ap. 1:7).

B. En el cenáculo consuela a los suyos con la promesa de Su venida personal: «Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis...» (Jn. 14:1-3). Aquí el Señor está preparando la mente y el corazón de los suyos para su vida y su testimonio una vez que el Maestro haya salido de entre ellos, de modo que representan en esta ocasión a la Iglesia, a la que se da la precisa promesa del «recogimiento» al Señor para estar siempre con él.

IV. Las indicaciones de las Epístolas

Hay un número considerable de referencias a la venida del Señor en las epístolas, casi todas ellas subrayando el aspecto más importante de la promesa: el efecto moral que ha de tener en la vida del creyente: «Todo aquel que tiene esta esperanza en El, se purifica a sí mismo, así como Él es puro» (1 Jn. 3:3). Por lo que afecta al «plan profético», hemos de acudir a 1.º Corintios 15:51-57 con 1.ª Tesalonicenses 4:13a5:lly2.ª Tesalonicenses 1:7-12, donde hallamos los dos aspectos de la venida que ya vimos en las enseñanzas del mismo Señor: 1) La promesa del «recogimiento» de la Iglesia, en el que los que «duermen» precederán a los que son «cambiados» para ir juntos al encuentro del Señor en el aire, y 2) la venida en gloria para el juicio del mundo impío, que no podrá realizarse antes de la manifestación del anticristo (Ap. 1:7; 1 Ts. 5:1-4 con 2 Ts. 2:1-4): atroz remedo del Cristo de Dios, cuya aparición será la culminación del «misterio de la iniquidad».

V. El Apocalipsis

Los tres primeros capítulos son de introducción, y las cartas a las siete iglesias indican las variadas condiciones del testimonio de la Iglesia hasta la venida de Cristo. Los capítulos 4 y 5 presentan simbólicamente la sublime escena referente al «Cordero de Dios» (es decir, Cristo en la virtud de la consumación de la obra de expiación) cuando toma el «libro» de los destinos últimos de las naciones y rompe el primer sello. Desde el capítulo 6 en adelante el rompimiento de los sellos, el sonido de las trompetas y el verter de los vasos reiteran los acontecimientos del tiempo de la consumación, o sea, la última semana de Daniel. Unos paréntesis detallan más el levantamiento y el curso del infame reinado del anticristo.

Como en el sermón profético y en 2.ª Tesalonicenses, este período de angustia termina con la aparición en gloria de Cristo para la derrota de las naciones enemigas en la batalla de Armagedón. El período de los «mil años» corresponde al reino de paz y de bendición que tantas veces se detalla en las profecías del Antiguo Testamento. Este «milenio» ha de entenderse de tres maneras: 1) Como el cumplimiento de las muchas promesas a Israel por las que había de ser el centro de un reino universal de paz y de bendición en la tierra, 2) como la última prueba de la raza humana, puesto que, habiendo vivido bajo óptimas condiciones de gobierno y de prosperidad por mil años, con todo, cuando Satanás sea soltado para tentarles de nuevo, volverá a rebelarse una gran parte de los hombres, y 3) como una

figura y anticipo de la nueva creación en el estado eterno, que explica el porqué muchas profecías del Antiguo Testamento describen este Reino como eternamente establecido, pues la visión profética pasa a la nueva tierra y los cielos nuevos, que habrán de reemplazar la antigua creación, tan profundamente manchada por el pecado. Este «nuevo orden» divino será la consumación de todos los propósitos de Dios en relación con la creación y con los hombres, y en él los redimidos alcanzarán aquella perfección espiritual, moral e intelectual que Cristo les procuró con Su muerte y resurrección. Dios morará en medio de los hombres, y al centro de la nueva creación se hallará la Iglesia glorificada que se simboliza por la «ciudad que Juan vio descender del Cielo» (Ap. 19 a 21).

VI. El momento de la venida

Hemos visto que se destacan claramente dos aspectos de la venida: el que se relaciona con la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo, y el que tiene que ver con Israel y con el mundo. Es lógico suponer que el «paréntesis» de la Iglesia se cierra con el recogimiento de la Iglesia según la descripción de 1.^a Tesalonicenses 4 y 1.^a Corintios 15, cuando la luz profética vuelve a enfocarse en Israel, ya restaurado a su tierra en incredulidad. En tal caso, la última semana de Daniel se ocupa de la tribulación de los judíos, la manifestación del anticristo (el remedo de Cristo que el diablo presenta al mundo del renovado imperio romano) para ocupar el trono, y el surgir de la ciudad de «Babilonia», que es el sistema de falsa religión que sustituye a la Iglesia en el sistema diabólico. Esta breve semana abarca tanto la manifestación del imperio y de su impío rey con la última forma de «Babilonia», como también la destrucción de todos estos elementos satánicos por la manifestación en gloria del Señor de señores.

Hay muchos estudiantes de la profecía que creen que la Iglesia habrá de pasar por este período, y que la venida para recoger a los santos y para juzgar al mundo coinciden. No combatimos dogmáticamente esta interpretación, pero creemos que la esperanza inmediata de la venida de Cristo a por los suyos, con anterioridad a los acontecimientos de la última semana, se ajusta mejor a la totalidad de la enseñanza bíblica.

VII El tribunal de Cristo

Los creyentes no tendrán que comparecer ante el augusto gran trono blanco que se describe en Apocalipsis 20:11-15, pues es el lugar de juicio de aquellos que mueren en su pecado por no haber aceptado a Cristo como su Salvador (Jn. 8:24), mientras que «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1). Sin embargo, este hecho no excusa a los cristianos de tener que rendir cuentas a su Maestro en cuanto a su fidelidad en el curso de su vida de servicio aquí, pues todos nosotros somos mayordomos y administradores de todo cuanto hayamos recibido del Señor.

Este principio se destaca en muchos lugares de las Escrituras, pero se detalla especialmente en 2.^a Corintios 5:9 y 10; Romanos 14:7-12; 1.^a Corintios 3:10-15; 4:1-5. Cuando Pablo habla del «día de Cristo», o de «Jesucristo», tiene delante este momento de manifestación que determinará la posición, el servicio y la recompensa de los redimidos para toda la eternidad (Fil. 1:6; 2:15 y 16, etc.). Se ha de distinguir el «día del Señor», que es la frase novotestamentaria equivalente al «día de Jehová» del Antiguo Testamento y que se relaciona con el juicio del mundo y el establecimiento del Reino.

Si el programa que hemos adelantado es correcto, el tribunal de Cristo se celebrará entre el recogimiento de la Iglesia y la venida en gloria: el período que se denomina la parousía, o sea, la «presencia» del Señor con los suyos. Durante el mismo período tendrán lugar las bodas del Cordero, cuando la Iglesia, bajo la figura de esposa, será presentada a

Cristo y unida a Él para toda la eternidad. Vemos por Apocalipsis 19:7-9, que este fausto acontecimiento precede la venida en gloria (Ap. 19:11-19).

VIII. Las señales de la venida de Cristo

Muchos creyentes se parecen a los discípulos que preguntaron: «Dinos, ¿cuándo será esto? ¿y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?» (Mt. 24:7; Mr. 13:4; Le. 21:7). Hemos de tener presente el peligro que antes señalamos: la curiosidad malsana en este asunto: El señor no reprendió a Sus discípulos, pero las «señales» del sermón profético consisten principalmente en las características generales del período de Su ausencia de ellos, y queda terminantemente prohibido procurar fijar «el día y la hora» que el Padre reserva a su solo conocimiento (Mt. 24:36; Hch. 1:7). Podemos creer que nos acercamos al fin de esta dispensación por las siguientes razones: 1) El aumento de la frecuencia, la extensión y el poder destructor de las guerras, que amenazan aniquilar la civilización actual. 2) La extensión universal de la predicación del Evangelio. 3) El retorno de los judíos en incredulidad a su tierra con la adquisición de su nacionalidad: una posición que no ha sido la suya desde el tiempo de los Macabeos. Sin duda, la preservación de la raza de Israel para este fin a través de los siglos y a pesar de determinados esfuerzos para exterminarla es un asombroso milagro histórico. La «higuera» que antes no llevó fruto brota otra vez, pues el cielo y la tierra pasarán, mas las palabras del Señor no pasarán. Sin duda, Israel llegará a posesionarse de Jerusalén y de toda Palestina, y será el centro de los acontecimientos tanto durante la última semana de Daniel (para su dolor) como durante el milenio (para su gloria y bien). 4) La tendencia a la federación europea, que puede ser el preludio de la formación del renovado «Imperio romano»... «¡Velad, pues, porque no sabéis en qué día ha de venir vuestro Señor!» (Mt. 24:42).

IX. El orden probable de los acontecimientos

A. El retorno de los judíos a Palestina, que se está realizando en nuestros días, les dará por fin la posesión de toda Palestina y Jerusalén, lo que pondrá fin a «los tiempos de los gentiles».

B. En cualquier momento antes o después de la consumación de este proceso el Señor podrá venir en el aire para recoger a los suyos de la tierra, completando así Su Iglesia.

C. Se inaugurará la última semana de Daniel, durante la cual el Imperio de Roma federado surgirá y se pondrá bajo el poder del anticristo. Este se aclamará como el salvador de los hombres en la gran crisis mundial que atravesamos, y por fin se hará adorar como dios. Los asuntos religiosos serán dirigidos por el falso profeta, quien guiará los asuntos de «Babilonia», el remedio diabólico de la Jerusalén celestial. Al principio, la «bestia» favorecerá a la nación de Israel y hará un pacto con ella, pero, a la mitad del período, romperá su pacto e iniciará una gran persecución que será el «tiempo del dolor de Judá», o sea, la «gran tribulación». Habrá fieles que confiesen a Jesús (quizás íntimamente ligados con el «resto fiel» de Israel) y muchos padecerán martirio. Desde el Trono, Dios visitará el mundo rebelde e impío con grandes y graves desastres que quedan simbolizados por los sellos, trompetas y vasos del Apocalipsis.

D. En el cielo, el Señor se manifestará a los suyos en la parousia y se celebrarán el tribunal del Cristo y las bodas del Cordero.

E. El Señor aparecerá al mundo a la cabeza de los suyos y de las huestes celestiales. Las naciones estarán congregadas alrededor de Jerusalén en un esfuerzo último de dominar a Israel (Zac. 14:3 y 4), pero tendrán que vérselas con el Señor en la batalla de Armagedón, siendo derrotadas y aniquiladas por la gloria del Cordero.

F. La bestia y el falso profeta serán lanzados directamente al lago de fuego, mientras que Satanás será preso en el abismo durante el milenio.

G. Cristo reinará sobre la tierra, asociando consigo en el gobierno a los fieles que perecieron en la gran tribulación (Jer. 30:7; Dn. 12:1; Mt. 24:21; Ap. 7:14). Se cumplirán las múltiples profecías de los libros proféticos, pues castigados los rebeldes de Israel, y conservado milagrosamente el «resto fiel» de esta nación, toda ella se convertirá al Señor, y Palestina será el glorioso centro del Reino terrenal.

Es de suponer que la Iglesia, entidad siempre espiritual, gobernará en los «lugares celestiales».

H. Al final del milenio, Satanás será soltado para la última prueba de los hombres, y levantará a Gog y Magog tras sí. Su derrota será rápida, y, echado el diablo en el lago de fuego (Ap. 21:10), se limpiará todo el universo de todos los elementos perversos en el gran trono blanco, y sólo los redimidos pasarán a habitar el cielo nuevo y la tierra nueva (es decir, el universo reconstruido según principios nuevos por la mano creadora de Dios para ser la morada apta de los justos (2 P. 3:4-13).

I. La Iglesia glorificada será el centro de la manifestación de la luz divina en el nuevo universo (Ef. 2:7; Ap. 21:9; 22:5).

X. El destino humano

Se puede decir que el tema del destino humano es el que nos toca más de cerca en la escatología.

¿Qué hemos de ser nosotros? ¿Qué hará Dios con el hombre? El futuro se enlaza con el pasado, y hemos de tener en cuenta que el propósito original de Dios al crear al hombre era «a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y enseñoree...» (Gn. 1:26). Sólo el hombre, entre todas las criaturas aquí abajo, pudo tener comunión con Dios, por tener personalidad, cualidades morales y libre albedrío. Pareció que todo el plan de Dios quedaba frustrado cuando el hombre, cabeza de la creación, se valió de su libre albedrío para rebelarse contra su Creador, pero el consejo de la trinidad no puede quedar sin efecto por la intervención del diablo y la caída del hombre.

Por el glorioso misterio de la encarnación vino al mundo un hombre celestial en quien Dios pudo deleitarse, y quien pudo, como «Hijo del Hombre», cumplir los altos destinos de la humanidad (Sal. 8 con He. 2:6-9; véase capítulo 6). Al llevar en Su persona la responsabilidad legal y moral del hombre ante Dios en la obra de la expiación, el Dios-Hombre hizo posible que el pecador fuese reconciliado con Dios por medio del arrepentimiento y de la fe, y que, «recreado» en Cristo, fuese «renovado conforme a la imagen del que lo creó» (Col. 3:10).

Así que el pensamiento primordial de Dios para con el hombre se realiza en todo aquel que se une a Cristo por la fe: «Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo» (Ro. 8:29). La resurrección de los creyentes en la venida del Señor nos dará el «cuerpo espiritual», de nueva constitución, que será el vehículo perfecto del espíritu redimido y recreado en Cristo: «Y así como hemos traído la imagen del terrenal [Adán] traeremos también la imagen del celestial [Cristo]» (1 Co. 15:42-54; Ro. 8:30; Fil. 3:20 y 21; Col. 3:4; 1 Jn. 3:2).

Muchas descripciones del cielo insinúan ideas erróneas o, por lo menos, inadecuadas en cuanto a la vida del hombre en el estado eterno, pues no se hace distinción entre las figuras que representan la Iglesia glorificada y la gran realidad espiritual que nos espera. Hemos de tener en cuenta que la personalidad del hombre llegará a su perfección a la semejanza del Hombre perfecto, sin mengua de su carácter distintivo. Disfrutará de una perfecta visión de Dios en Cristo, mientras que el nombre de Dios estará en su frente, o sea, la voluntad de Dios

gobernará la vida en su totalidad.

No será una vida pasiva, ocupada solamente en alabanzas vocales, sino que «sus siervos le servirán» (Ap. 22:3 y 4). Todavía habrá servicio que cumplir, pero sin cansancio y sin limitaciones, dentro de la voluntad de Dios y la condición del hombre glorificado. El servicio encomendado a cada cual dependerá de la fidelidad con que administramos «lo poco» que hemos recibido en esta vida (Mt. 25:21; Le. 19:16 y 17, etc.). Si tan hermoso es el mundo en parte y tan sublimes momentos tiene la vida humana aquí, a pesar de los estragos que resultan del pecado, ¿qué no será la vida de los redimidos allí en perfecta unión con Cristo en la nueva creación? «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Co. 2:9).

Hemos hablado del glorioso destino de los redimidos, pero inevitablemente existirá la terrible contrapartida en cuanto a los rebeldes: «El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Ap. 20:15). Cuando Dios ofreció la vida a un mundo que había “muerto” por causa de su pecado, la ofreció en el Hijo. El que rechaza la vida eterna en Cristo queda sin vida, o sea, el estado de muerte espiritual y de separación de Dios se prolonga eternamente. La severidad de la sentencia de cada uno será “según sus obras”, con referencia especial a las oportunidades que el pecador haya rechazado.
